

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confi-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provinci-
a: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55
rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

SUSCRICION

PARA LOS CARLISTAS PERSEGUIDOS.

SUMA ANTERIOR.	
D. Antonio Marquez y Rodriguez, de Durango.	30
J. F. A. para socorrer a los defensores de la Religión.	2
M. A. A., pobre sirviente de id.	2
Un pobre religioso que desea el triunfo de la sacrosanta religión y de Carlos VII.	20
D. Patricio Patiño, de Quintanar, carlista antiguo.	40
D. Pascual Fernandez, Cura párroco, D. Valentín Viñegra, Beneficiado, D. Leandro Bureba, idem, D. Venancio Santa Olalla, Coadjutor, y D. Roman Losano, organista, todos de Navarrete.—(En diecisiete illos surrexit Mathathias, sacerdos....)	60
Un neo.	4
D. Tomás Mogas y Riera.	4
Un carlista que desea ardentemente el triunfo de su causa, porque remediará en lo posible los males de la patria, causados por el maldito liberalismo, negación de todo lo bueno.	12
Un pobre párroco de aldeas, para aliviar en su desgracia a los héroes de la Religión y de la patria.	8
J. G. M., de Sevilla.	116
D. Domingo Eleizgui, absolutista, y por consiguiente carlista.	20
Doña Juana Casal de Eleizgui, carlista.	20
Un carlista de Lugo para sus amigos, (segunda oferta).	20
D. Francisco de Padilla.	20
Un pobre carmelita.	4
D. Francisco Sanchez Solana, católico apostólico romano (Fuente de Cantos).	4
D. Manuel de la Cruz Sanchez, idem id.	4
Un sacerdote pobre, de Rajadell.	5
D. Manuel Alvarez.	10
Un maestro de primera enseñanza, que desea termine la comedia liberal.	6
D. Aquilino Jimenez Tovar, presbítero de Adrada.	12
D. B. P.	40
D. Blas Lapuerta, carlista hasta la muerte.	4
P. P., carlista.	6
Un sargento segundo de la división de Prim en Africa, carlista puro.	10
D. Juan Pons y Pedros, carlista de Agramunt.	10
D. Pedro Martí, de idem.	4
D. José Viladot y Bandina, de idem.	4
Un joven, pero rancio católico apostólico romano.	10
B. G. y Z., amigo de <i>Flori de pega</i> , residente en Tordera.	20
D. José G. Cañedo.	2
C. E. G. y Y. y R., que suspiran por la propagación de nuestra Santa Religión.	22
D. Isidro Conde y Soto, Lugo.	58
D. J. A., carlista de Teruel.	4
D. Francisco Jimenez, Pacho el carpintero.	4
Un suscriptor de Santa Cristina.	10
D. C. R. y P., compadecido de los perseguidos por la justicia y que pide al Señor abrevie sus penas.	41
Un amigo de la libertad y enemigo del liberalismo, de Vitoria.	40
El reverendo T. A., amante de la Religión, patria y rey.	20
Un católico, apostólico, romano, de Bendoiro.	8
TOTAL.	39,604-34

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 23 de Enero de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILA.

Abierta la sesión a las dos y media, y leída el acta de la anterior por el señor secretario marqués de Sardoal, fue aprobada.

Las Cortes quedaron enteradas de que el señor Ortiz y Casado no podía asistir a la sesión por hallarse enfermo.

Se leyó la siguiente proposición de ley: «Artículo único. Las Cortes Constituyentes deciden inhabilitar a todos los individuos de la familia de Borbon, no solo de la rama primogénita o descendiente de Luis XIV de Borbon, sino también de la rama segundogénita o descendiente de Felipe de Borbon, duque de Orleans, para ejercer el alta dignidad que al jefe del Estado concede la Constitución de 1869.

Palacio de las Cortes 17 de Enero de 1870.—Emilio Castelar.—Estanislao Figueras.—Salvador Damato.—Francisco Diaz Quintero.—E. Chao.—Pedro J. Moreno Rodriguez.—J. Sanchez Ruano.

El Sr. CASTELAR: Señores: cualquiera que sea vuestro juicio sobre mí, no podéis negarme la sinceridad, no podéis desconocer que hablo con el corazón en una mano y la conciencia en la otra. Y debo decir en prueba de esta franqueza, que mi proposición no tiende a dividirnos, que a juntarnos a todos en el lema que todos acordamos en nuestras desgracias.

O la Asamblea Constituyente no significa nada, o significa la revolución de Septiembre. Y la revolución de Septiembre se condensa al grito de «¡abajo los Borbones!» Jamás los partidos populares fueron oídos con tanto entusiasmo y secundados con tanto orden como cuando juraron todos poner su mano sobre la corona borbonica, que era la clave secular de nuestra servidumbre. Me dís vosotros, por las heridas, aún no cicatrizadas, que lleváis en el cuerpo y en el alma, los tiránicos esfuerzos que fueron indispensables para formular en la prensa y realizar en la revolución el destronamiento de los Borbones.

Esta idea se encontraba tan arraigada en el

pensamiento de la nación, que en cuanto fué dueña de su voluntad, la nación la puso por obra. No fue el capricho de otra suerte que en quince días cayera un trono siempre respetado, y se levantara una democracia siempre perseguida. La mecha aplicada a los cañones de la escuadra encendió el reguero de pólvora que había extendido por toda la Península, el reguero de las ideas antidinásticas, las cuales estallaron fulminantemente en esos días creadores que se llaman días de revolución. La dinastía que aun pudo resistir, convencida por el rumor guerrero de que la revolución era universal y por sus propios remordimientos de que la revolución era justa, huyó a la tierra de donde había venido, a la tierra de Francia, y fué a llorar en el palacio del primer Borbon la catástrofe del último de esa raza de reyes, ayer más que señores en un trono, hoy menos que ciudadanos en el destierro universal; nuevos Egiptos de Europa.

¿Qué vengo yo a pedirlos, señores diputados? Que legalicéis, que sancionéis la sentencia de la revolución. Parlamentariamente hay grandes ejemplos de leyes de esta clase, no solo dentro, sino también fuera de nuestra patria. Dentro, me bastará recordar el Parlamento de Caspe; fuera, me bastará recordar la revolución de 1649 en Inglaterra y la Convención de 1793 en Francia.

Pero podéis rehusar estos últimos ejemplos por republicanos. Yo os los citaré monárquicos. La Convención reunida en Inglaterra a consecuencia de su último levantamiento monárquico, excluyó a Jacobo II y al príncipe de Gales; la primera redacción del *bill de derechos* a todos los descendientes de la casa de Saboya, y la redacción definitiva a todos los príncipes papistas. Cuando las previsiones del *bill de derechos* se realizaron, y Guillermo, María y Ana se extinguieron sin descendientes, Inglaterra existió, creo que en 1714, al elector de Hannover.

Y siempre ha sucedido lo mismo. Los franceses en 1814 destruyeron a Napoleón y excluyeron a su familia; en 1830 destruyeron a Carlos X y excluyeron a su familia. Nuestros humildes Estatutos de 1834 que parecían evocaciones de la Edad Media, excluyeron a D. Carlos y a sus entonces inocentes hijos, que no han podido borrar la doble cláusula de esta triste y severa sentencia.

Sí, triste, tristísimo es que las penas hereditarias, abolidas hoy para todos los ciudadanos, hayan de quedar en vigor para los reyes, y se vean forzados a pedir su aplicación aquellos que más las detestan; pero la culpa no es nuestra, la culpa es de los que vinculan el privilegio hereditario de regir la sociedad en una familia sobrehumana, y creen trasmitirles una corona de oro que la revolución convierte en una corona de espinas, y un trono que la revolución muchas veces convierte en un cadalso.

Imposible que un pueblo emancipado pueda defenderse de la tiranía hereditaria sin por la expulsión hereditaria también. Los nuevos ciudadanos no pueden coexistir con los reyes antiguos sin originar continuas perturbaciones. Yo no puedo comprender que escribáis han detenido a la mayoría para presentar esa proposición.

Nosotros la hubiéramos presentado en las primeras sesiones, si la embriaguez de la victoria, que tantas esperanzas engendraba, no hubiera dado a ese acto de justicia la apariencia de un acto de venganza. Pero hoy que tantas ilusiones se han caído; hoy que ese proyecto de ley puede ser un título de proscripción y de muerte, hoy lo presentamos nosotros, para que el mundo sepa que la minoría republicana tiene los mismos intereses, las mismas ideas y los mismos enemigos que la revolución de Septiembre.

He pronunciado esta palabra, y me extraña mucho que no se comprenda el sentido de la revolución. Ese movimiento es el resultado social, es la fase nueva de esta gran revolución que agita Europa desde hace cuatro siglos. Esta revolución comenzó por lo más material, por el planeta, por los descubrimientos; siguió por la facultad de nuestro espíritu más cercana a la naturaleza, por el sentimiento, por el arte; se elevó a la religión, es decir, a la conciencia, con la reforma, y concluyó por la filosofía, que desvaneció las fórmulas teológicas, sustituyéndolas con las leyes de la razón.

Cuando esta revolución espiritual se hallaba consumada, trascendió a la sociedad política, porque la sociedad política no es más que la condensación del espíritu. Los poderes hereditarios y permanentes murieron en la conciencia humana, y las dinastías históricas que los representaban empeñaron una lucha a muerte con la revolución.

Así toda dinastía histórica se coaligó con el sacerdocio contra la ciencia, y con los reyes extranjeros contra la aspiración de sus vasallos a convertirse en ciudadanos. La catástrofe de la primera dinastía se reproduce en las catástrofes de todas las dinastías. Caen los Estuardos por sus complacencias con el sacerdocio; y en sus luchas, y en sus desgracias, y en su destronamiento buscan siempre la intervención de los franceses. Huye Luis XVI por las leyes sobre el clero, y busca las bayonetas extranjeras, aunque vayan a clavarse en el corazón de la Francia.

Vuelven los Borbones, y vuelven por la intervención extranjera. Su presencia en las Tullerías significaba el caballo del Don abrevándose en el Senna, en el río de las revoluciones. Caen nuevamente los Borbones, y caen por leyes a favor de la Iglesia y en contra del pensamiento libre, de ese verbo de la civilización universal. Y lo mismo sucede en Italia: los Borbones son restaurados dos veces por el extranjero; una por las naves inglesas, y otra por los ejércitos austríacos. En cuanto Italia fué independiente, desaparecieron de sus tronos los Borbones de Italia. La casa de Borbon, revolucionaria en un principio, juró desde fines del pasado siglo guerra a muerte a todas las revoluciones, y los Borbones han sido en definitiva siempre los venenosos.

No lo dudeis: las dinastías históricas, las dinastías tradicionales son enemigas de la libertad y de la patria. Los Borbones de España especialmente no han sido nunca más que franceses. Felipe V tramó la conjuración de Bellameres, la conjuración de Alberoni, tan solo para que los hijos de su segundo matrimonio no reinaran, no vivieran siquiera bajo el cielo de nuestra patria. Todos los Borbones guardaron la nostalgia de Francia, y todos sirvieron los intereses franceses.

Ya sabía Carlos III que él no era español, a pesar de haber nacido aquí; que él era Borbon, es decir, que él era extranjero, que él era francés,

cuando sacrificaba a un pacto con su familia de Francia, a un interés de Francia, a una venganza francesa, todo el porvenir del continente americano; ya sabía Carlos IV que él no era español, que él era Borbon, es decir, que él era extranjero, que él era francés, cuando por socorrer a su primo pierde San Sebastián y Bilbao, Figueras y Rosas; cuando por complacer al directorio se jacta de partir en los puertos sus naves buquesas; cuando por complacer al primer concul sacrificó a Mazaredo, a Gravina, la escuadra de Brest, y hasta la reconquista de Monarcas: cuando por complacer al emperador se pulita la marina de los descubrimientos fabulosos y de las hazañas mitológicas en las hiviernas aguas de Trafalgar; cuando entrega las llaves de los Pirineos, de los riosos donde está escrito el nombre de Roncesvalles, a Junot, y consiente que Murat tienda en Madrid su suevo mano a trofeo de Pavia, a la espada de Francisco I; ya sabía Fernando VII que él no era español, que él era Borbon, es decir, que él era extranjero, que él era francés, cuando pone su reciente cetro a la sombra de Napoleón, y le envía un magnate a Bayona, y le sigue como palido satélite, y se postea a sus pies para lamerle las espuelas, y le cede la tierra de Peñay y el Cid, y le felicita cuando sus barbaras regiones incendian nuestras ciudades y degüellan a nuestros padres inermes con el nombre de Fernando VII en los libros; y vuelve como si la guerra de la Independencia hubiera sido un juego de adivinación, vuelve para expulsar a los legisladores del 12, para perseguir a Mina el héroe de Navarra; para atormentar al Empecinado, el héroe de Castilla; para matar a Poirer, el héroe de Galicia, y a Lacy, el héroe de Aragón y Cataluña; para traer mas tarde, como si tantas crueldades no bastaran a satisfacer su venganza, para traer en 1823 a los franceses que profanaron las ruinas de Zaragoza, que hucieron los campos de Bailen, que escupen su hiel a las cicatrices gloriosas de los muros de Cadix: recuerdos horribles, a cuyo contacto todavía se encienden en ira: recuerdos que os conjurán, héroes de Alcolea, legisladores de la patria, ya que habeis dado a los mases de nuestros mártires el consuelo de expulsar sus cruces verdugos los Borbones, a no consentir jamás que un Borbon, que un francés vuelva jamás a reinar sobre esta tierra de España. (Ruidosos y prolongados aplausos).

Y si nunca han representado los Borbones la patria, tampoco han representado nunca los Borbones la libertad. Quisimos en las Cortes de Cadix, en el período de la segunda época constitucional, durante la regencia de María Cristina y todo el reinado de Isabel II, aliar la libertad con los Borbones. Nunca, nunca pudimos conseguirlo; porque son superiores las leyes seculares que rigen a las dinastías y que regulan sus intereses y su política, a todas las combinaciones de los partidos.

Así es que el nombre de Borbon, talisman antes para subir a los tronos, se ha convertido en talisman ahora para caer. Los partidarios de la segunda rama, nombremosla por su nombre propio, de la rama del duque de Montpensier, han querido siempre negar que su candidato fuera Borbon. Señores diputados: es Borbon y Borbon está casado con doña María Luisa de Borbon y Borbon; sus hijos se llaman cuatro veces enemigos de la libertad y de la patria. Que el duque de Montpensier es Borbon, se prueba, además de su genealogía, con aquel documento de 1810, en que su padre demandaba un puesto en el ejército contra Napoleón a título de parente de Fernando VII y de individuo de la familia de los Borbones.

Aunque concediéramos que la familia de Orleans y la familia de Borbon fueran dos familias distintas, yo os anuncio que ningún individuo de una dinastía puede dejar de representar los intereses y las ideas de esa dinastía, transmitidos por el medio fisiológico de la sangre y por el medio moral de la educación. Y si la familia de los Borbones se halla destinada fatalmente a combatir la libertad, la familia de los Orleans se halla destinada fatalmente a falsificar y corromper la libertad.

Este destino hereditario le quita personalmente a cada uno de los príncipes una parte de responsabilidad, pero hace inadmisible para un pueblo democrático a toda la familia. No nos engañemos: el duque de Montpensier representará la política de la casa de Orleans, como el rey de Prusia representa aún los intereses y las ideas del gran Federico. Contemplad, señores diputados, las grandes catástrofes, que casi pudiéramos llamar catástrofes geológicas, que engendraron el orleanismo en Francia. Ya desde los tiempos de la Convención había una llanura, es decir, un partido que pudo evitar todos los errores, todos los crímenes, y sin la excusa de la fé los aceptó todos, los consagró todos a trueque de vivir. Este partido más tarde quiso conciliar todos los extremos, quiso un Dios sin providencia, una religión sin fé, un racionalismo sin libertad, una aristocracia sin privilegios, una democracia sin igualdad, para vivir en paz con todos y conservar su tranquilidad; porque aquel partido pequeño y débil solo era grande en su egoísmo.

Tales ideas fueron a buscar un representante en la familia de Orleans. Los reyes antiguos la habían enriquecido para ver si el oro apagaba su ambición. El oro prodigado a manos llenas solo sirvió para destruir a los antiguos reyes. La monarquía de Luis Felipe fué la apoteosis del oro, el sacrificio continuo, el dios de la riqueza. Al rey no se le preguntaba por su autoridad, sino por sus propiedades; el Par no se le pedían sus blasones, sino sus rentas; al diputado no se le exigía popularidad y palabra, sino el recibo de la contribución; al escritor no se le exigía capacidad, sino depósito; al elector no se le exigía capacidad, sino el censo; al jurado no se le exigía que enseñase su conciencia, sino que enseñase su bolsa.

La monarquía de Julio, que tuvo por únicos pergaminos el papel moneda y por único altar el mostrador, cayó en los errores de los antiguos Borbones, inaugurando una política de interés y de engrandecimiento personal. Luis Felipe quiso hacer con cabales, exactamente lo mismo que Luis XIV había hecho con sus armas. A uno de sus hijos le transfirió la herencia de los Condés. Para otro pidió bosques y tierras; y le reservó al último al duque de Montpensier, lo que a alguno de vosotros todavía quisiera darle: la corona de España.

Yo he leído últimamente las discusiones que hubo en esta Cámara con motivo del matrimonio del duque de Montpensier, y os digo que en aquellos discursos hay relámpagos proféticos. Pastor Diaz habla de Varsovia y de Polonia; Pa-

checo presente que va a romperse la alianza entre Francia e Inglaterra, y que el rompimiento de esta alianza puede costarle a alguien el trono. En efecto, le costó a Luis Felipe. Seguro de su engrandecimiento personal, creyó que podía desafiar la opinión pública, inmovilizar el censo, impedir la ascensión de las capacidades al sufragio, y seguir la política personal de los primeros Borbones. La catástrofe vino; el justo y merecido castigo vino en la revolución de Febrero. Montpensier arrancó a su padre la abdicación, y la abdicación que acusaba indecisiones irreparables arruinó a toda la dinastía. ¡Fatal destino el de ese príncipe! Y ninguno de los conservadores, menospreciando las enseñanzas de la historia, comprendió, cuando las cosas reales, que al traer a España al duque de Montpensier ponían junto a Isabel II el Gaston de Orleans que tuvo a su lado Luis XIII; el Felipe de Orleans que tuvo a su lado Luis XIV; el Felipe Igualdad que tuvo a su lado Luis XVI; el Luis Felipe que tuvo a su lado Carlos X; un príncipe que, cumpliendo sus destinos históricos, había de conspirar eternamente contra su misma familia, contra la rama primera de su misma casa.

Y me diréis que estos son sus títulos a las consideraciones de la revolución de Septiembre; los servicios prestados contra la antigua dinastía. Pues yo digo que esos servicios le inhabilitan para ascender al trono. Pensemos que no nos es dado hacer prevalecer nuestras ideas cuando estas ideaspugnan con la conciencia de un pueblo. Y aquí la mayor parte de la nación no puede explicarse cómo el duque de Montpensier ha trabajado contra sus propios parientes. Eso ha ofendido su sentimiento de justicia, radicalmente incompatible con esa cruel razón que se llama la razón de Estado. Siempre en el género humano ha sido lo mismo. Castilla perdonó a D. Pedro sus crueldades por la catástrofe de Mactiel, y nunca agradeció a D. Enrique de Trastámara sus mercedes. En la revolución francesa pasó lo mismo: el duque de Orleans, el abuelo del duque de Montpensier, pudo ser rey; tenía amigos en la montaña y en la Gironda; generales, y grandes generales, en el ejército. ¿Cómo no lo fue? Todo lo explica una memorable noche.

Luis XVI acababa de retirarse de la Convención como reo. Trábase de su vida ó de su muerte. Muchos convencionales votaron la muerte entre los aplausos y las aclamaciones de la multitud. Llegó el turno a un convencional, sí, al parente de Luis XVI; al duque de Orleans. Subió gravemente a la tribuna, irguióse en ella y pronunció estas palabras: «Voto por la muerte del tirano y por la muerte inmediata.» Un grito de reprobación salió de todos los pechos; uno de esos gritos sublimes que nos reconcilian con la naturaleza humana, y que nos muestran cómo ni en las mayores crisis se apaga nunca la voz de la conciencia universal. Aquel grito de horror lo ha repetido la humanidad entera. Aquel grito de horror lo repetirán eternamente todas las generaciones y perseguirá al fratricida en el eterno infierno de la historia.

Pues, señores diputados, la conciencia de España, de esta nación donde la vida afectiva, la vida de la familia, es tan grande é intensa, no le ha perdonado al duque de Montpensier sus trabajos revolucionarios. Sobre todos los liberales, los veteranos de la antigua causa constitucional, los que cambiaron en Bilbao y en Morella por los derechos de aquellas dos niñas que dormían en la misma cama, de aquellas dos niñas adormecidas por el gran Quintana y protegidas por el gran Argüelles, el cual, célibe, viejo, sintió hácia ellas en confusa mezcla el amor de padre y madre a causa de su triste orfandad; sí, los liberales, los veteranos de la guerra civil no pueden comprender cómo una de aquellas niñas cuyas sonrisas y cuyos derechos se confundían en su corazón y en su mente, cómo una de aquellas niñas se ha levantado y ha ahogado, es decir, ha destronado a la otra.

Además, no debemos olvidar lo que forma verdaderamente el lazo que constituye una nacionalidad. No lo constituye el lenguaje; no lo constituye la geografía; no lo constituye ni siquiera la unidad de raza; lo constituye la gran comunidad de recuerdos gloriosos. A nosotros los españoles nos une más que todo en el seno de esta amada nacionalidad el recuerdo de aquellas grandezas que no cabiendo en el viejo mundo, el cual había sido bastante a soportar las conquistas de Roma y Alejandro, tuvo que ensanchar la tierra para que hubiese espacio bastante en el planeta a nuestro grandioso espíritu. (Aplausos.) Y la mayor parte de esas hazañas se han consumado contra los franceses. Y el pueblo español hoy olvida eso en su cultura respecto a los franceses, que quieren ser sus hermanos; pero en su orgullo no puede olvidarlo respecto a un francés que quiere ser su rey.

De todo esto resulta que el duque de Montpensier es el candidato más impopular que puede imaginarse en España, y sería también el rey más impopular; y a los reyes impopulares, ó hay que destruirlos, ó hay que sacrificarlos la libertad, porque no pueden vivir con la libertad en paz. Su reinado sería una restauración, y el comienzo tan infeliz como el fin del reinado de Isabel II.

Espero, pues, que apoyéis mi proposición; lo espero principalmente del Gobierno. Yo el día que el señor presidente del Consejo de ministros dijo respecto de la restauración de los Borbones: jamás, jamás, jamás. Yo me pregunté cómo un orador tan sobrio había usado estos tres adverbios; pero en seguida caí en la cuenta; el primer jamás se refería a la familia de don Carlos; el segundo jamás a la familia de don Isabel II, y el tercer jamás a la familia del duque de Montpensier. (Brisas y aplausos).

Es necesario, pues, que voteis mi proposición. Si la desecháis, servirá a la restauración. Yo, al presentarla, he cumplido con un deber de conciencia. Temblad que, no votándola, os diga la revolución de Septiembre, entregada a las aventuras de la restauración: liberales, habeis matado la libertad; os diga España, amenazada de caer bajo un rey extranjero: españoles, habeis matado la patria. He dicho.

El señor ministro de FOMENTO contestó al Sr. Castelar diciendo que la proposición de este le había presentado la minoría con gran pompa y a son de trompetas, y la mayoría debís comprender que era un ardid de la minoría para luchar en esta constante lucha política.

los reyes de derecho divino y el advenimiento de la soberanía popular.

Recordó la entrada de Carlo-Magno por las gargantas de los Pirineos acompañado de los doce pares, la entrada en Francia de doña Isabel de Borbon y su familia acompañada de los señores Marfori y Gonzalez Brabo.

Dijo que la revolución es obra de todos y significa la destrucción de la legalidad anterior en el orden político económico y aun en el social.

Pero después del período de destrucción se necesitaba el período de reconstrucción, de modo que contra el nuevo edificio no se levantasen las barricadas ni se volviera a oír la terrible palabra de pronunciamiento.

Para la reedificación, había que contar con la cooperación y auxilio de todos. Al encontrarse con la legislación rota por la revolución los demócratas, los progresistas y los unionistas se han unido, como se unen las caravanas en el desierto contra el peligro común.

En este desierto se padecía hambre y sed, como podía acreditarlo el ministro de Hacienda, y se tenía que luchar con chacales como los asesinos de Búrgos y con beduinos como los asesinos de Tarragona.

En la mayoría había quien creía que el duque de Montpensier godía ser candidato al trono y otros que creían lo contrario. En el ministerio sucedía lo mismo.

El programa del Gobierno aceptado por la mayoría consistía en realizar la empresa que se propuso la revolución, aplazando la cuestión de candidatura al trono. Por tanto, la cuestión propuesta por el Sr. Castelar era inoportuna y representaba una empuñadura para corregir el programa del Gobierno y de la mayoría, que era inaceptable a ésta.

La proposición del Sr. Castelar obedecía al pensamiento de los republicanos de excluir candidatos al trono; pero en cambio los verdaderos monárquicos debían proceder por afirmaciones.

Al no tomar en consideración la proposición, ni podría suponerse que había quien quisiera la restauración que era imposible, ni que ganaba un átomo de mayor probabilidad ó esperanza la candidatura del duque de Montpensier, porque el Gobierno había aplazado la cuestión de candidato a causa de no tenerlo, como tampoco lo tenía la mayoría, aunque individuos de ella fuesen favorables a determinados candidatos.

El Sr. CASTELAR: Voy a decir muy pocas palabras para rectificar algunas equivocaciones que me ha atribuido el señor ministro de Fomento.

Dice S. S. que hemos dado grande solemnidad a esta proposición. Esto depende de que el pueblo quiere saber si está abocado a una restauración, ó si ha de durar mucho este período de duda.

Ha manifestado el señor ministro de Fomento que tenemos intereses opuestos. No los hemos tenido durante mucho tiempo. ¿No hemos votado el título 1.º de la Constitución? ¿No hemos sustentado los derechos individuales y el sufragio universal? Pues lo mismo debería suceder con esta proposición, que nos une a todos en la dea de abajo los Borbones.

Dice el señor ministro de Fomento que esta mayoría no tiene rey, y que nuestra proposición es republicana; de modo que esta es una mayoría nominalista que se contenta con tener el nombre, aunque no la esencia de la cosa. En cuanto a la tendencia de la proposición, vosotros mismos habeis dicho que si la candidatura de Génova había fracasado, era debido a las conspiraciones continuas del duque de Montpensier; y nosotros queríamos abrirnos camino. ¡Ay de vosotros si no lo habeis comprendido!

Decís que se deja esta cuestión para más tarde, y lo que con esto hacéis es alentar las insensatas aspiraciones carlistas, las insensatas aspiraciones isabelinas, y las no menos insensatas aspiraciones montpensieristas. ¿Qué va a resultar cuando sepa el pueblo que la proposición excluyendo a los Borbones ha sido desechada? Dirá que la bandera revolucionaria de abajo los Borbones no ondea ya sino en la montaña republicana.

El señor ministro de FOMENTO rectificó, declarando, que ese interés de la revolución no había por qué discutirlo, puesto que los Borbones que representan la legitimidad, han sido y están excluidos.

Insistió en que la cuestión de candidatura no estaba llamada a resolverse por ahora el Gobierno, el cual no tenía candidato, porque ninguno de los que había reunía la mayoría de la mayoría.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No pensaba tomar parte en este debate; tenía noticia de que el Sr. Castelar había formulado el propósito de pronunciar un discurso levantado y de gran brillantez, y me conozco lo bastante para pretender combatir con tan eminente orador; pero S. S. me ha dirigido una alusión, de la que no puedo menos de hacerme cargo.

Se ha servido recordar S. S. las tres negociaciones que hice al presentarme a la Cámara como presidente del anterior Gabinete. Hablaba de la posibilidad de que Doña Isabel II volviera a ocupar el trono de España, y dije que a mí entender eso no sucedería jamás, jamás, jamás.

El Sr. Castelar, con el ingenio que todos lo reconocemos, ha querido dar cierta amplitud a esas tres negociaciones, y debo declarar que no fué mi intento darles la aplicación que ha significado S. S. Posiedo del espíritu de la revolución, vine a ella como muchos, como todos los señores diputados, con el propósito de destruir el trono de doña Isabel de Borbon y su dinastía, ni más ni menos. Este fué el programa de Oajiz y el de todas partes donde he tenido intervención; y tanto es así, que apelo a la feliz memoria del mismo Sr. Castelar sobre lo que pasó en la junta que meses antes de la revolución celebramos en Bruselas. Recuerde S. S. si se habló allí de otra cosa más que de derribar la dinastía de Isabel II y de dejar al país que resolviera libremente las demás cuestiones. Entonces S. S. si recordaron la república; aceptaron, por el contrario, nuestro programa; y si no lo hubieran hecho, como nosotros éramos lo más, desde aquel momento hubiéramos terminado la conferencia.

El Sr. Castelar y sus amigos, que desean la revolución, comprendiendo que entonces podría ser un impedimento entrar en cuestiones sobre la forma de gobierno, convinieron en destruir el trono de Isabel II y su dinastía, dejando a las Cortes Constituyentes que resolvieran lo que consideraran mejor respecto al sistema de gobierno. Mis tres negociaciones, por tanto, iban dirigidas

das á doña Isabel II en primer término, y á don Alfonso de Borbon en segundo.

Ya que estoy de pie, me permitiré decir algunas palabras sobre el fondo del debate. Ha comenzado el Sr. Castelar manifestando que su proposición no iba encaminada á ninguna fracción de la Cámara. Lo creo, porque lo dice S. S.; pero quien no conociese su sinceridad podría pensar lo contrario, sin inferirle por eso ninguna ofensa, porque está en su completo derecho intentando penetrar en nuestro campo para sembrar en él la cizaña y producir la perturbación.

El Sr. Castelar sabe muy bien que si la mayoría aceptase su proposición, había de ser fatal para la existencia de esa misma mayoría.

Demasiado sabe el Sr. Castelar que una parte de esta mayoría, más ó menos numerosa, ha significado sus simpatías en favor del señor duque de Montpensier, y que á ninguno que se halle en este caso le puede ser agradable esa especie de censura que ha hecho el Sr. Castelar del candidato. Pero ¿le está prohibido á los señores diputados tener simpatías por este u otro candidato? ¿Quiere decir que ese candidato ha de ser para ahora, para después y para siempre, y que esos señores no han de salir de él? Yo declaro que hoy no hay tal candidato. El señor Castelar sabe que la unión liberal, que ha tenido una parte tan importante en la revolución, tan importante á lo menos como cualquiera, no ha presentado nunca como candidato al señor duque de Montpensier.

El partido radical presentó al duque de Génova: no tuvo unanimidad, y tal vez fue esta la causa de que no se aceptara. Una vez naufragado ese candidato, la mayoría radical no tiene otro.

Por eso seguimos en el período de interinidad, que si molesta á S. S. más nos molesta á nosotros, que quisieramos presentar la solución mañana á la aprobación de los señores diputados; no del Sr. Castelar y sus amigos, que e-tan empujados en que hemos de ir á la república cuando la mayoría de la revolución se monarquiza.

Las Cámaras políticas, las colectividades, como los hombres, no deben nunca ser injustos. Ruego á la mayoría que medite y no olvide las palabras del señor ministro de Fomento, recordando que la tendencia de la proposición es dividir la mayoría. Esta debe tener un criterio propio, y sería mala política dejarse ir con los deseos del Sr. Castelar. Yo me limito creyendo que mereceremos la confianza de la mayoría; pero si así no fuera, inmediatamente dejaríamos de ser Gobierno y nos iríamos á formar parte de la mayoría. Bien sé que hay algunos diputados que han deseado que se hicieran declaraciones explícitas sobre un punto concreto que ha explicado ya el señor ministro de Fomento.

Ya se ha consignado que rechazando la proposición no se prejuzga más que una cosa: que doña Isabel II y su dinastía está imposibilitada de volver á reinar en España; pero en cuanto al segundo punto, esto es, en cuanto al señor duque de Montpensier, nada se prejuzga, quedando cada diputado con su pensamiento para en su día votar al príncipe ó no príncipe que tenga por conveniente para rey de España. Sobre este particular fui más explícito en otra parte, y ade estábamos como en familia y no se escribía lo que se decía.

Voy á concluir repitiendo mi ruego á la mayoría. El voto no prejuzga nada; lo que prejuzga lo he declarado ya. No se crea tampoco que el duque de Montpensier esté en pectore del ministro como candidato al trono; como ha dicho ya el señor ministro de Fomento, hay en esta cuestión concreta, en el seno del Gabinete, distintas opiniones, y como recuerdo que cuando el señor ministro de Fomento ha hecho esta declaración ha habido algunos murmullos, creyendo que decía en plural lo que debía entenderse y expresarse en singular, bueno será que amplíe y explique esto, diciendo que en el seno del Gabinete hay tres opiniones.

La del presidente del Consejo, que ha dicho desde el primer día que no quería ser batido en la cuestión de rey, y por consiguiente, que subordinaba su opinión á la que dominase en la mayoría de sus compañeros; hay la de la mayoría de los señores ministros, que es contraria á la candidatura del señor duque de Montpensier (¡Bien, bien!); y por último, la de nuestro digno e ilustre amigo el Sr. Topete, que continúa creyendo que el señor duque de Montpensier sería el mejor de todos los candidatos posibles. De aquí resulta que en este momento, ni en el Gabinete, ni en la mayoría, ni en fracción alguna hay ningún candidato.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Martos tiene la palabra.

El Sr. MARTOS: No tengo ya nada que decir, y la renuncio.

A petición del Sr. Sanchez Ruano, se leyó el artículo 153 del reglamento, que autoriza á los señores diputados para pedir la votación por partes.

El Sr. CASTELAR: Yo me alegro de las declaraciones del señor presidente del Consejo; pero debo decir á S. S. que yo no asistí á las reuniones de Bruselas; asistí el Sr. Martos, entre otros, y allí se dijo que nuestra aspiración era la república, y los congresados se comprometieron durante la interinidad á no hacer declaración alguna que prejuzgara la forma de gobierno. No quiero decir cómo esto se ha cumplido.

Por lo demás, hay un ministro que es monárquico y tiene su candidato; hay otros ministros que son monárquicos y no le tienen; es decir, que son deistas sin Dios. El país quiere saber á qué atenerse. Yo me temo que esos señores ministros serán vencidos por el Sr. Topete.

El Sr. SANCHEZ RUANO pidió que se consultase á la Cámara si se votaría por partes la proposición.

Consultadas las Cortes acordaron en votación nominal que no se votase por partes, por 147 contra 36.

Preguntóse si se tomaba en consideración la proposición y fué desechada en votación nominal por 150 votos contra 37.

Y se levantó la sesión.

Eran las seis y cuarto.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 25 DE ENERO DE 1870.

Reunida anoche la Junta Central de la comunión católico-monárquica, se enteró con placer sumo de una comunicación de la Junta de Sevilla, comunicación en la que esta junta daba noticia á la central de haberse constituido en la forma siguiente:

«Señor marqués de Gandul, presidente. Sr. D. Francisco Pagés del Corro, vicepresidente.

Sr. D. José Ignacio Borrás y Corro. Señor marqués de Esquivel. Sr. D. Antonio Quintanilla y Torres. Sr. D. Manuel Gomez de Barreda y Varena.

Sr. D. Ignacio de Rodrigo y Zaldarriaga. Señor conde de Mejordá. Sr. D. Miguel de Neira y de la Puente. Sr. D. Luis Carlos Tirado. Sr. D. Eduardo García Perez.

Sr. D. Ventura Camacho. Sr. D. Joaquín Alvarez. Sr. D. Bonifacio García Pego é Inzunza, secretario. Sr. D. Evaristo Húa y Gutierrez, secretario.»

Al resolver la Junta Central publicar en los periódicos monárquico-religiosos los nombres de los individuos que componen la de Sevilla, acordó asimismo excitar, por medio también de los periódicos, á las demás juntas que se hayan constituido en provincias, á que imiten el proceder de la de Sevilla y se pongan en relaciones con la de Madrid.

Para ello deben dirigir las oportunas comunicaciones á la Junta Central, con sobre al señor secretario el diputado constituyente D. Joaquín María Muzquiz.

LA GRAN MANIFESTACION.

No negarán nuestros adversarios que el fenómeno que acaba de presenciar España entera con motivo de las elecciones parciales de diputados á Cortes merece fijar la atención de los hombres que no juzgan del estado político de nuestro país por lo que se ve y se siente en los círculos oficiales, rodeados siempre de la falsa atmósfera creada por el aliento del Gobierno.

Los hechos podrán explicarse más ó menos rectamente, pero no es fácil negarlos cuando acontecen á vista de todo un pueblo. Y hoy es un hecho que el partido carlista tiene fuerzas respetables para luchar contra todos sus enemigos, cuando, ordenado con una organización regular, se resuelve á reñir la batalla á que le retan sus, por cierto, poco leales adversarios.

Donde quiera que el partido carlista se ha determinado á lanzarse seriamente á la arena electoral ha obtenido un verdadero triunfo. Atestiguan este hecho más de 10.000 votantes en Ciudad-Real, otros tantos en Jativa, más de 9.000 en Valencia, cerca de 4.000 en Liria, 8.000 en Bilbao, 7.000 en Logroño, más de 4.000 en Leon, más de 3.000 en Huesca, y de 4.000 en Avila y Vich con otro considerable número en Madrid, Badajoz, Santander, Plasencia, Cáceres, etc. Se ha demostrado que en cas todos estos puntos, ya que no en todos, el partido carlista obtendría seguramente el triunfo material como ha obtenido el moral, disponiendo del tiempo necesario para prepararse y de libertad garantizada por algo más respetable que la Constitución del Estado.

Negar esto es negar la clara luz del mediodía. Pero ¿qué significa esta gran manifestación del poder y del vigor del partido carlista, tantas veces enterrado por los liberales y tantas veces resucitado para asombrar de sus mismos enterradores? Esto es lo que vamos á ver.

D. Carlos VII, dando una prueba de perspicacia política impropia de sus pocos años, pensó, aun antes de la revolución de Setiembre, que el partido carlista había menester no de hombres de mérito, porque los tenía, sino de hombres de mérito conocido. Para satisfacer esta necesidad creyó que era conveniente valerse de todas las armas que pone en manos del pueblo el sistema liberal y entre ellas, como la más importante, la de la tribuna parlamentaria. Hija de este pensamiento fué la excitación que se hizo á los carlistas para que acudiesen á las urnas cuando se convocaron estas Cortes Constituyentes en cuya reunion ciertamente no confiaban muchos. Sobreexcitados en aquella época las pasiones por lo reciente del triunfo revolucionario y por otras mil causas que es inútil enumerar, el resultado de las elecciones, si bien bastante honroso para un partido que por primera vez entraba en liza semejante, no fué tan satisfactorio como debía. El por qué de esto diganlo los diputados presos en Navarra, nuestros amigos apaleados en Toledo, las tropas y escuadras sin cuento cometidos por los celosos patriotas que esperaban lograr un destino por ca la palo que diesen á un carlista.

Pero fuese cualquiera el resultado, el hecho es que la política de la lucha legal, la política contraria al retraimiento fué inaugurada entonces, venciendo gravísimas dificultades y luchando contra la opinión, bastante general por cierto, de los que temían mezclarse en las contiendas electorales. Esta política acaba de recibir un nuevo y vigoroso impulso dado por la mano siempre afortunada y siempre poderosa del hombre ilustre, del héroe famoso en quien el rey D. Carlos ha depositado su confianza omnimoda: por la mano del insigne conde de Morella.

En efecto, el general Cabrera es quien hoy, con solo su deseo, ha movido á la numerosa agrupación carlista. Esto es público y notorio, y no hay, por lo tanto, inconveniente en decirlo y repetirlo.

Y con esto ha demostrado el invicto general, que no solo aceptaba el antiguo pensamiento del rey, sino que quería prestar á la realización de este pensamiento todo el prestigio de su nombre y toda la autoridad de su carácter. El prestigio de su nombre, siendo él mismo quien indicase al partido la conveniencia de acudir á las urnas; la autoridad de su carácter, usando para dar esta orden, aunque en forma de deseo, de los amplios poderes que D. Carlos le ha

otorgado para dirigir los negocios en prueba del aprecio en que tiene la fidelidad nunca desmentida y las altísimas dotes tantas veces demostradas del héroe de Morella.

Y con esta doble fuerza, con el prestigio del nombre de Cabrera unido á la legítima y elevada autoridad que representa, el pueblo católico-monárquico, el pueblo verdaderamente español, ha creído de su deber saltar á la palestra, desafiando riesgos de todo género y haciendo sacrificios incalculables. Y ha saltado valerosamente, sin contar el número de sus enemigos ni reparar en lo escaso del tiempo de preparación.

El general Cabrera lo quiere, se ha dicho todo el mundo; él es hoy el único jefe autorizado por el rey; pues cumplamos como buenos los deseos del general Cabrera, y demos-tremos á nuestros enemigos que para vencerlos sólo necesitamos unirnos en una sola voluntad y organizarnos convenientemente como todo ejército que entra en batalla.

Y así se ha hecho. El partido carlista ha cumplido lealmente los deseos del invicto conde de Morella. de tal modo, que ha dado en qué pensar al Gobierno este unánime entusiasmo que, según la creencia general, debió traer á las Cortes cuatro diputados carlistas, por lo menos, y que, si no los trae, se debe única y exclusivamente á la influencia gubernamental manifestada con la punta de las bayonetas de los voluntarios patriotas.

Y precisamente entre estos diputados ninguno tenía más segura la victoria que el mismo general Cabrera á quien sus entusiastas amigos de Jativa quisieron dar el acta de elección como una muestra de la popularidad de que goza el ilustre desterrado que llenó el mundo con el ruido de sus hazañas, y á la vez como una prueba de la ilimitada confianza que el pueblo español tiene en el hombre que representa las glorias y los triunfos del partido carlista.

Y esto es, sobre todo, lo que significa la gran manifestación que acaba de hacer nuestro partido: un voto unánime y solemne de confianza dado al general Cabrera, si nos es lícito emplear el lenguaje parlamentario.

Voto admirable, que si no puede olvidarlo el ilustre personaje que lo recibe, tampoco nosotros lo borraremos jamás de nuestra memoria, nosotros que hemos contribuido con nuestra humilde influencia en la opinión pública á que se dé. No se borrará jamás de nuestra memoria, porque ese voto, teñido en sangre derramada por la brutalidad patriótica, nos une más íntimamente, si es posible, al generoso partido siempre pródigo de abnegación cuando se trata de cumplir con un deber ó con un mandato.

Si la palabra venganza pudiera estar en nuestros labios y en nuestro corazón, nosotros diríamos que ese voto nos obligaba á pedir venganza por las víctimas que ha sacrificado el intolerante y cruel liberalismo. Pero nosotros solo podemos pedir justicia, y eso sí, justicia pedimos, justicia completa contra los que, teniendo la bandera de la libertad en la mano derecha, blanden con la izquierda el puñal del asesino; y en favor de los que, llenos de sinceridad y confianza, y puestos los ojos en esa bandera liberal que promete amparar el derecho de todos, acuden inocentemente al matadero.

Esta justicia no nos la otorgarán seguramente los liberales; tampoco á ellos se la pedimos. Contra ellos la pedimos, en primer lugar, á Dios en nombre del Catolicismo perseguido en sus defensores; luego al Rey en nombre de la monarquía legítima, insultada en sus leales súbditos; y en fin, al general Cabrera en nombre de la fidelidad y abnegación del partido carlista entusiasta del primero de sus héroes y caudillos.

Y que el día de la justicia ha de llegar es indudable; que la arbitrariedad, el despotismo, las vejaciones y los atropellos han de tener pronto término es seguro. El partido carlista lo presiente, lo sabe; y porque lo presiente y lo sabe, hace sin temor y á pesa de los peligros, manifestaciones tan significativas y entusiastas como la que acaba de hacer en la lucha electoral; y porque lo presiente y lo sabe, desafía hasta la muerte recibida sin defensa, que es la más triste de todas las muertes, por dar un voto unánime de confianza y de cariño al precioso conde de Morella, al primer súbdito del Rey y al primer jefe de los carlistas.

SEGUNDO DESCUBRIMIENTO

DEL SEÑOR ECHEGARAY.

La proposición que ayer defendió el señor Castelar pidiendo la exclusión de todos los Borbones para ejercer la primera magistratura de España, era ni más ni menos que un ataque al duque de Montpensier y su abogada la unión liberal. Comprendió así todo el mundo, y por eso una gran concurrencia de diputados y curiosos afuyó á los bancos, tribunas y pasillos del Congreso. El voto dado á la proposición del señor Castelar, en uno ú otro sentido, podía tener mucha importancia desde el punto de vista revolucionario, é influir considerablemente en la marcha y respectiva actitud de los partidos liberales.

Por nuestra parte, casi no necesitamos decir que miramos con la mayor indiferen-

cia la proposición del Sr. Castelar, y todo lo que en el mismo sentido puedan hacer las Cortes. Que la revolución desate sus iras contra toda la familia de Borbon, ¿qué puede importarnos, si D. Carlos no es revolucionario ni nosotros tampoco lo somos? Niéguenle los liberales enhorabuena el derecho á la corona de España: de ellos no le recibió ni á ellos se le ha de pedir: antes, por el contrario, no aceptaría jamás la corona de su mano, como no escuchó siquiera las proposiciones que no hace todavía mucho se le hicieron. Si D. Carlos fuera liberal, ya estaría en el trono; pero D. Carlos le quiere limpio de esta lepra corruptora, y mientras Dios no se sirva darle posesión del sòlo de sus mayores, reina en el corazón de la España católica, que desprecia todas las alharacas de la revolución y no quiere mancharse con su contacto.

Proposiciones como la del Sr. Castelar, no llegan, pues, á nosotros. Herirán á los hombres ó partidos que pidan vergonzosamente á la revolución una corona que ni á esta ni á ellos pertenece; atormentarán al duque de Montpensier que pretende ceñir la diadema de los monarcas españoles; desagradarán al Gobierno que no tiene el rey que busca y no quiere romper con la unión liberal ni provocar otra crisis; para nosotros, el discurso del Sr. Castelar es ruido sin agua.

No quiere esto decir que el discurso del Sr. Castelar no valga nada. Como todos los suyos, tiene algo bueno: galano estilo, frase fogosa, algunas pinturas bien hechas: por lo demás, mucha exageración, arbitraria inteligencia de la historia, sobrada ampulosidad y crítica poco profunda. Lo mejor que tiene es el retrato de la siempre ingrata familia de Orleans, en el que destacó la figura del duque de Montpensier, enemigo de su hermana, conspirador contra su trono. Aquí el Sr. Castelar estuvo verdaderamente elocuente; y es que hablaba verdad; es que sus palabras eran eco del sentimiento de un pueblo que aborrece á los ingratos y desleales; es que el Sr. Castelar olvidaba por un momento la cuestión política y de partido, para demostrar, si demostración necesitaba, que el hijo de Luis Felipe, desleal é ingrato con Carlos X; el nieto de Felipe Igualdad, ingrato y desleal con Luis XVI; el duque de Montpensier, desleal é ingrato con su hermana, no puede ser simpático, no puede reinar en este pueblo noble y generoso.

Tal era la conclusion, tal el fin del discurso del Sr. Castelar. Y en este concepto, hizo gran daño á la mayoría pseudo-monárquica, miserable buscadora de reyes. Débil y fraccionada, el menor golpe deshace la mayoría, y por eso el ministerio, primer declamador contra los Borbones, acudió ayer á parar el que la dirige el tribuno republicano. ¿Quién pensara que los progresistas y demócratas, que tanto presumen de anti borbonismo, habían de rechazar la proposición del Sr. Castelar? Tan grande era, sin embargo, el afán de complacer á un Gobierno, complaciente á su vez con la unión liberal. La unión liberal, el duque de Montpensier, es quien ha rechazado la proposición del señor Castelar, dejando al Gobierno y á la mayoría á una situación no muy decorosa.

Nosotros no tenemos candidato, pero la unión liberal tiene uno, que es Borbon: tal vez algun día necesitemos echar mano de él: por hoy no nos conviene reñir con sus patrocinadores. Esto dicen el voto y la actitud de la mayoría radical; esto dicen los discursos del ministro de Fomento y del general Prim. ¿Qué discursos y qué mayoría!

El Sr. Echegaray habló como hubiera podido hacerlo en la tertulia progresista, de cuyo sitio es digno su discurso. ¡Qué elevación de ideas! ¡qué grandeza de imágenes! ¡qué lucidez de conceptos! El ministro de Fomento habló de los Pirineos y recordó el paso de Carlo Magno, con su corona de hierro, su espada de dos filos y acompañamiento de los doce Pares, para decir luego que doña Isabel de Borbon pasó por el mismo sitio, acompañada del par Gonzalez Brabo y Marfori, con el pañuelo de sonar en la mano y sombrero á la francesa. ¡Qué atrocidad! ¡Atrevimiento fué el de doña Isabel!

Al diablo se le ocurre pasar el Pirineo con sombrero á la francesa. Debí llevar casco y coraza y cabalgar en un corcel vestido de hierro. A Carlo Magno, al ménos, no se le ocurrió pasar el Pirineo en ferro-carril, ni con sombrero á la francesa: tampoco dicen las crónicas que llevara miriñaque, si bien esto no está completamente averiguado. El Sr. Echegaray, tan afortunado en eso de antigüedades, que habló de una trenza de pelo incombustible, si bien al Sr. Sanchez Ruano se le antojaba «mermada cola de rocin sarnoso» podrá tal vez hacer un servicio á la arqueología, encontrando en el Pirineo el miriñaque de Carlomagno, y entonces quedaria el punto perfectamente dilucidado.

El general Prim estuvo tan elocuente como de costumbre, aunque un poco más torpe. La cosa no era para ménos. Tenía que defender á Montpensier sin declararse montpensierista, y esto es mucho pedir para un hombre del progreso. El Sr. Castelar había dicho que los tres famosos *jamás* de Prim los entendió uno contra D. Carlos, otro contra

Doña Isabel y el tercero contra Montpensier; y el general Prim, dijo que, aunque fueron tres los *jamás* se referían á Doña Isabel y su descendencia, sin que hubiera tenido presente á D. Carlos y á Montpensier. Sentimos por *La Epoca* que el anatema del general Prim alcance solo á Doña Isabel y á su hijo D. Alfonso, y por nuestra parte, nos hubiéramos gustado que un *jamás* del general Prim hubiera sido para D. Carlos. Cuestión de gusto.

Por lo demás, el presidente del Consejo de ministros dijo que no se podía admitir la proposición del Sr. Castelar, porque llevaria la división á las huestes ministeriales. En el ministerio, añadió, hay tres opiniones respecto á candidato. La mia, que no tengo más candidato que el que tenga la mayoría; la de los demás ministros, que es anti-montpensierista, y la del Sr. Topete, que quiere á Montpensier.

Después de oír esto, repetimos, ¡qué mayoría y qué Gobierno! añadiendo ¡qué presidente del Consejo de ministros! Ahí está la gran figura de la revolución, el hombre de la libertad y del progreso, dispuesto á aceptar cualquier candidato, lo mismo Montpensier que Pablo ó Perico de los Palotes. Cuando se ven estas cosas y se halla un ministerio tan heterogéneo é infecundo, y una mayoría tan fraccionada y dividida, y unas Cortes soberanas y Constituyentes tan pobres y estériles, se siente orgullo en no ser revolucionario. No, los que defendemos al ilustre nieto de Carlos V, no queremos nada con liberales. Escluid á los Borbones: mejor para nosotros;

Es curioso ver las diferentes consecuencias que sacan de la sesión de ayer los periódicos ministeriales. Tres tenemos á la mano en el momento que escribimos estas líneas: *Las Novedades*, *El Imparcial* y *La Iberia*; el primero montpensierista, el segundo enemigo encarnizado de D. Antonio de Orleans y tercero partidario de lo que quiera D. Juan Prim.

Las Novedades, tratando de sacar de la sesión de ayer el partido posible para su señor, se enfada porque la proposición de Castelar tiende á hacer responsables á los descendientes de Felipe de Orleans de las faltas de este: por ejemplo, de aquella *falla* (así le llaman *Las Novedades*) que cometió Felipe *Egalité* votando la muerte del infortunado Luis XVI. De aquí se desprende que eso de hacer purgar á los hijos la culpa de sus padres no le parece bien al diario progresista montpensierista. Y partiendo de este principio discurre *Las Novedades* de este modo:

«¿Es que el duque de Montpensier no puede ser buen rey popular porque su abuelo cometió una falta? ¿Es que el Sr. Castelar no puede ser buen republicano porque su abuelo fuese, como probablemente lo sería, un monárquico decidido? Si nos remontamos á la ascendencia de todos los liberales, ¿no encontraremos en ella muchos inquisidores y familiares del Santo Oficio? ¿Qué especie de ley de raza se quiere establecer? ¿Y por quién?»

Pase esta manera de argumentar; pero á renglón seguido *Las Novedades* aprueba que esté proscrita la familia de D. Carlos, porque esta rama de la familia de Borbon ya está probada. ¿Quién no se rie de esta manera de discurrir de *Las Novedades*? ¿Quién no reconoce en ello la lógica progresista?

Por fortuna la ilustre familia de D. Carlos se honra con la proscripción que contra ella han fulminado los liberales, y no necesita de que se revoque. Los herederos del derecho de D. Carlos lo han de hacer efectivo, pese á los revolucionarios de todos matices.

Pero no es esto lo que nos ha movido á hablar de *Las Novedades*, sino el ver cómo traduce este periódico el voto emitido ayer por la mayoría de los diputados contra la proposición de Castelar:

«Por lo demás, dice, el Sr. Castelar hizo ayer un gran servicio á la candidatura del duque de Montpensier: primero, con su discurso tan brillante en la forma como débil en el fondo, segundo, con la votación en que la Cámara decidió implícitamente que la candidatura Montpensier es una de las soluciones que pueden adoptarse en el porvenir.»

«... el no excluir una solución es confesar que, aunque hoy no se aceptase si se propusiera, podría aceptarse mañana. Y el Sr. Castelar lo dijo: en el ministerio hay una afirmación y una negación; la negación es el vacío, y como no puede darse vacío en la naturaleza, esa afirmación acabará por llenar el de la negación.»

No es extraño que prometiéndoselas tan felices se entusiasme *Las Novedades* y se apresure á dar las gracias en nombre del duque de Montpensier á la minoría republicana por su proposición, y á la mayoría monárquica por su aprobación.

Muy de diferente manera que *Las Novedades* discurre *El Imparcial*. Casual empezar su artículo-resena de la sesión de ayer, dice este periódico:

«Todos en ella cumplieron con su deber; todos dejaron á salvo sus compromisos y aspiraciones; para todos, mas ó menos, hubo algo satisfactorio: para todos, *méno*, para el duque de Montpensier, para el insistente candidato que ha visto morir en un mismo día sus esperanzas como rey y sus modestos deseos de diputado.»

Y en otro lugar añade: «En cuanto al duque de Montpensier y sus hijos, no será el partido radical quien los traiga. Es verdad que el general Prim propondrá como candidato al que la mayoría de sus compañeros de Gabinete crea preferible; pero como todos,

espección hecha del Sr. Topete, á quien honra mucho su consecuencia, son contrarios á la candidatura de Montpensier (palabras textuales del general Prim), forzoso será que los más incrédu- los se convengan de que las Cortes Constituyen- tes no elegirán para rey de los españoles á don Antonio de Borbon ó de Orleans.

¿Qué manera tan diferente de apreciar las cosas tienen *Las Novedades* y *El Imparcial*, ministeriales ambos! Según aquel, la candidatura de Montpensier ha ganado mu- cho en la sesión de ayer; según éste, la candidatura de Montpensier y de sus hijos se ha hundido para siempre. No fien mucho ni *Las Novedades* ni *El Imparcial* en los votos de la mayoría de las Cortes, ni aun en las declaraciones del ministerio. Este saldrá por donde más le convenga y la mayoría cumplirá su deber apoyando ciegamente la solución que al fin propongan los ministros.

«Siga, dice *La Iberia*, firmemente confiada en el general Prim la mayoría; practique activa y fielmente el Gobierno su democrático programa, y la intemperancia no será esteril para la revolu- ción, no será infundada para el bien del país, que en el prudente aplazamiento de la cuestión regia no puede ver sino el mejor deseo de llegar á co- ronar más felizmente el edificio revolucionario.»

Esto es lo que ha sacado *La Iberia* de la sesión de ayer. Así no será fácil cogerla en contradicción.

Pero *La Iberia* no hace más que corres- ponder á una galantería del general Prim: este no quiere más que lo que quiere la ma- yoría, para lo cual dice que va á la cola de la misma, y *La Iberia* le paga recomendando á la mayoría que confie en el general Prim, esto es, que vaya á la cola del presidente del Consejo de ministros.

¡Qué presidente, qué Consejo y qué ma- yoría! Razon tiene Europa para contemplar atónita la España con honra. Atónita, sí, porque no puede menos causar asombro el considerar cómo degeneran los pueblos has- ta el punto de consentir situaciones como la que ahora nos domina.

Con curiosidad hemos repasado los pe- riodicos liberales para ver qué decían de los infames atentados cometidos contra los carlistas, con motivo de las elecciones, por los revolucionarios de Leon, Valencia, Logroño y Ciudad-Real, y sin sorpresa aun- que casi escándalo, hemos visto que á pesar de haber corrido sangre inocente en varias de aque las provincias, á pesar de la actitud criminal de los voluntarios de la libertad en diversos puntos, á pesar de la descarada in- fluencia material de las autoridades en casi todos los pueblos donde se creía perdida la elección por nuestros contrarios, los perió- dicos liberales no tienen el valor de salir á la defensa de lo que ellos han proclamado como derecho, ni siquiera se determinan á dar en sus columnas el último lugar á la rela- ción de los crímenes ejecutados con aplau- so de la revolución, contra indefensos ciu- dadanos. ¡Hipócritas! Esos periodicos son los mismos que en tiempos de los modera- dos fingían escandalizarse de que en la época de elecciones recorriese tal ó cual agen- te de la autoridad los pueblos del distrito, esos periodicos son los mismos que procla- maron y ensalzaron el sagrado derecho de insurrección en vista de las insignificantes tropelías moderadas, y digeron y predica- ron que contra la influencia moral del Go- bierno no había otro recurso que la suble- vación de los pueblos.

Y ahora se callan y lamen humildes la mano que asesina al pueblo, y no predicán el derecho de insurreccionarse, y encuen- tran magnífica la situación que les arroja unas piltrafas del presupuesto, y se llaman libres....

¡Oh! verdaderamente que lo son. ¿Quién más libre, en efecto, que la gente revolu- cionaria? ¿Por ventura no la vemos prescin- dir completa y absolutamente hasta de las apariencias, desafiar con desenfado sin igna- la opinión de toda persona honrada, y hacer alarde de no tener otro principio ni otro fin político que la ambición y el medro per- sonal?

Que se nos explique si no la indiferencia, y acaso acaso secreta satisfacción, con que están viendo los horribles asesinatos cometi- dos por sus parciales en las personas de honrados ciudadanos; que se nos explique satisfactoriamente ese obstinado silencio ante las víctimas sacrificadas al triunfo de candidatos ministeriales, que guardan len- guas azeitadas á declamar un día y otro contra los moderados, que no atentaron nunca á la vida de sus adversarios.

Está visto: para ciertas gentes, para ciertas conciencias no hay doctrinas, no hay principios, no hay convicciones, solo hay goce, y para alcanzarlos tan bueno es procla- mar ayer la libertad del sufragio, como permitir hoy que esa libertad muera ahoga- da en sangre cobarde y villanamente der- ramada.

Así triunfan, es verdad; así viven y así se redondean los políticos revolucionarios, pero nunca el reinado de la infamia ha sido duradero; y si la indignación pública no nos hace libres, confiamos en que los exce- sos mismos de nuestros enemigos han de inutilizarlos muy pronto para proseguir tiranizando á los españoles.

La Epoca se queja amargamente de que el personalismo prepondera sobre el interés de la patria, y de que la ambición de los

notables haga imposible una solución con- ciliadora que reuna bajo una misma ense- ña á toda la familia española.

Pero los quejidos de *La Epoca* se pierden en el espacio, porque si en par e son fundi- dos, en cuanto repiten débil y no exacta- mente los que lanza el pobre pueblo espa- ñol, tienen en contra suya el ser arrancados por el deseo de una solución que prolonga- ría indefinidamente el estado de anarquía moral y aun material en que há largo tiem- po nos encontramos.

Y la misma *Epoca* nos da pruebas de ello en abundancia. Dice que una minoridad, no amparada por una regencia definitiva y aclamada por todo el mundo como la de doña Luisa Fernanda, doña María Cristina ó el duque de la Victoria, sino por una serie de regentes, tutores y consejos de regencia que abriese ancho campo á las increíbles ambiciones, haría del reinado del niño Al- fonso «lo que fué constantemente el reinado de su desgraciada madre, una eterna mino- ría y un campo permanente de lucha entre personalidades casi siempre militares que á la manera de Méjico se disputaban el poder en España.»

No debemos dejar de tomar en cuenta esta importante declaración de *La Epoca*. La minoridad del príncipe D. Alfonso, mejor dicho, el reinado de este príncipe sería una eterna minoría, un campo de Agramante, disputado por generales ambiciosos. Perfec- tamente. Pero según *La Epoca*, estos incon- venientes se orillarían nombrando regente á doña Luisa Fernanda, á María Cristina ó á Espartero, porque estos representan una regencia definitiva.

Parece imposible que un periódico cuya sensatez y buen sentido se manifiestan en el mero hecho de prever grandes catástro- fes con una minoridad regentada por cual- quier general ú hombre político importan- te, caiga en el ridículo error de creer que doña Luisa Fernanda, ó doña María Cris- tina, ó el general Espartero serían parte á impedir que el reinado de don Alfonso no fuese tan triste, tan funesto como el de su desgraciada madre.

Pues qué, ¿ha olvidado el diario conser- vador la historia contemporánea? ¿Cómo se atreve á decir que la regencia de cualquier de las tres personas indicadas sería defi- nitiva? ¿No ha regentado y gobernado á Es- paña doña María Cristina? ¿No la ha regen- tado D. Baldomero Espartero? ¿Y qué ha sucedido con estas regencias? Que doña Ma- ría Cristina fué arrojada ignominiosamente por D. Baldomero Espartero; que D. Baldo- mero Espartero, sufriendo la pena del Tal- lion, fué á su vez arrojado con no menos ignominia por Narvaz y Prim coaligados. Doña María Cristina fué gobernadora siete años; D. Baldomero Espartero fué regente dos años: ¿cuántos sería doña Luisa Fern- anda en los tiempos que corren, hártos más azarosos y críticos que los pasados? Cual- quiera se lo puede figurar sin hacer grandes cálculos.

Luego lo que *La Epoca* propone es una verdadera inocentada; y reconociendo, por otra parte, que regencias distintas de éstas serían peligrosas y anárquicas, venimos á parar en que el príncipe D. Alfonso, hoy por hoy, no tiene más remedio que seguir estudiando en el colegio *Louis-le-Grand*, procurando desoir los consejos de su tío don Enrique que desearia se inspirase su sobri- no en Voltaire y no en Loyola.

Para que nuestros lectores juzguen del entusiasmo que ha despertado en todas las provincias el ensayo de lucha electoral que acaba de hacer el partido carlista, copiamos los siguientes párrafos de una carta que hemos recibido de un pueblo de la provincia de Logroño:

«El espectáculo que la Rioja ha ofrecido en estos días es verdaderamente consolador; hemos podido darnos, sabemos lo que podemos y valemos y no temo asegurarle que somos inven- cibles. La opinión del país se ha pronunciado de una manera tan imponente, que nuestros con- trarios y nosotros mismos hemos quedado asom- brados. No hay frialdad, no hay apatía: bajo la corteza de una indiferencia aparente que habia- mos notado hasta aquí hierve el entusiasmo por la fe y el porvenir de la patria.»

«No hemos degenerado del todo: aun corre por las venas de este pueblo sangre española, la san- gre de nuestros abuelos y con la ayuda de Dios creo hemos de llegar pronto á ver la aurora de ese dichoso día de justicia y de regeneración para nuestra querida España.»

En efecto, no tenemos para qué ocultar- lo: aunque estamos persuadidos de que en general en todas las provincias, la mayoría está de parte de las ideas que sustentamos, creíamos que las influencias liberales serían en la Rioja más poderosas de lo que son.

Téngase en cuenta que el candidato mi- nisterial en la provincia de Logroño ha sido el Sr. Oñazaga, que es natural de la misma provincia; que de allí es también el Sr. Sa- gasta, y que allí, en fin, vive el general Espartero, cuya señora y parientes tienen en la Rioja grandes propiedades y numero- sos colonos. Pues con todo esto, el triunfo ha sido verdaderamente para los carlistas en contra de los cuales se ha puesto en jue- go toda clase de medios, hasta el de impe- dirles votar, como ha sucedido en Calahorra, en Haro y Alfaro, causando en algunos puntos escenas sangrientas. Suponemos que llegará día en que se pondrá en claro todo

cuanto ha sucedido en las elecciones de la provincia de Logroño, y si hoy España con- templa con júbilo el entusiasmo de los car- listas riojanos, cuando sepa todas las difi- cultades y todos los peligros que han tenido que arrostrar, se maravillará de su heroís- mo; y lo mismo ha de suceder con respecto á los carlistas de otras provincias, especial- mente de la de Valencia, en donde los libe- rales han cometido atrocidades sin cuento.

Cuando fracasó la candidatura del duque de Génova y ocurrió la última crisis, que se resolvió hace quince días, el Sr. Castelar se acercó al general Prim y quiso hacerle ver que no tenía más remedio que hacerse republicano. Pero el general Prim contestó al diputado republicano: «Aun me quedan siete candidatos.»

Recordando este dicho, *La Igualdad* es- cribe hoy lo siguiente:

«Al decir ayer el general Prim que no tenía ni apoyaba candidato alguno para rey, y que aceptaría el que presentase la mayoría, todos cuantos le escuchaban se hicieron instintiva- mente la siguiente pregunta: ¿Pues donde se ha dejado el marqués de los Castillejos aquellas siete candidaturas, que aseguró en tono de amenaza y de triunfo tener de repuesto para escoger en- tre ellos el más conveniente al país?»

«Pero todos convinieron seguidamente en que no es prudente, ni siquiera de buen tono, tomar en serio las afirmaciones ó negaciones del general Prim, que de vez en cuando suele hacer política humorística y tiene peregrinas bizarrías.»

Tome Vd. esa, y vuelva Vd. por otra, se- ñor Prim.

Hace tiempo que se habla de trabajos subversivos hechos en una de las capitales de Andalucía contra la situación revolu- cionaria. Informada por personas de confianza *La Independencia Española* repite hoy esos rumores, y bien claramente dá á en- tender que en la conspiración andaluza to- man parte los amigos del duque de Mont- pensier.

Nada más natural. Antonio de Orleans sacrificó su dinero, y otra cosa que vale in- mensamente más que el dinero, á la ruina de su hermana política con intención deci- dida de sucederle en el trono; si ahora vé que sus sueños dorados no se realizan, vol- verá á conspirar contra Prim ó cualquier otro que sea obstáculo á sus planes ambi- ciosos.

Y en buena lógica Prim no podrá culpar á Montpensier, porque si halló buena y aceptó la cooperación de este contra su her- mana á la que debía todo excepto la exis- tencia, mejor debe parecerle la rebelión de Montpensier contra los que no cumplen los compromisos de colocarlo en el trono de su España, compromisos de los que varias ve- ces han hablado periódicos y hasta perso- nas bien informadas.

La Iberia desafía hoy á *La República* *Iberica* á que le cite cuándo ha tratado el diario progresista con dureza al Sr. Rivero por ninguno de sus actos como ministro de la Gobernación:

«Lo que hemos hecho, dice, y esto lo sabe muy bien el colega, ha sido mantenernos en una actitud expectante en tanto que no nos fueran co- nocidos los propósitos que al poder trahía aquel eminente republicano; pero desde el punto en que empezaron éstos á manifestarse, aunque no en toda su extensión, no hay ya razón para que continuemos respecto de ellos guardando la re- serva en que nos habíamos encerrado.»

Sería mejor que *La Iberia* no anduviera en rodeos y dijera claramente que ha com- batido al Sr. Rivero, no por sus actos como ministro de la Gobernación, sino por estas dos razones: 1.ª por haber ocupado el pue- sto del Sr. Sagasta; 2.ª porque temia que fuera resueltamente defensor de la candi- datura de Montpensier.

Como ahora el Sr. Rivero no se muestra partidario de D. Antonio, ó al menos se re- serva, *La Iberia* cree que está en el caso de mostrarse un poco menos urañá con el actual ministro de la Gobernación.

Esto es todo lo que hay en el asunto, ni más ni menos. Nosotros aconsejamos á *La Iberia* que no se entregue demasiado á la confianza en el nuevo ministro.

La República *Iberica* y demás periódicos republicanos y *El Eco del Progreso* con sus colegas esparteristas, publican hoy sendos artículos elegiacos sobre la representación dada ayer por el Gobierno y las Cortes en el Congreso de diputados.

La representación verdaderamente fué trágica para los revolucionarios sinceros que juzgaron radical hasta cierto punto el motín de los generales en Cádiz. El grito de ¡abajo los Borbones! fué ayer oficialmente condenado por la Cámara revolucionaria. ¡Qué cruel desengaño para ciertas gentes! Para nosotros el espectáculo no puede ser más cómico y divertido, porque, en efecto, mueve á risa y chacota ver al general Prim y á sus pobrecitos ministros tartamudear escenas y balbucear razones para decir en resumidas cuentas, que no teniendo prínci- pe descamisado de quien echar mano para tapar el agujero monárquico abierto todavía en la Constitución, no era cosa de despre- ciar familias enteras que podrían tal vez sa- car de un apuro á estos demócratas monár- quicos, tan enemigos de la monarquía como de la democracia.

Repetimos que esto en nosotros sólo cau- sa risa, porque lo mismo nos importa que la

Cámara excluya á los Borbones, como que deje de excluirlos.

Nuestros Borbones no han de sentarse en el trono de España por el voto de unas cuantas docenas de caballeros reunidos á la sombra del árbol seco y deshojado, conoci- do con el bonito apodo de *soberanía na- cional*.

No es solo de Logroño de donde recibimos correspondencias entusiastas con motivo de las elecciones. De todas partes se nos dice que la excitación de los periódicos católicos conmovió los ánimos y los lanzó á la lucha con un denuedo, con una decisión y con un valor que nunca se habían visto. Ahora se clama por la completa organización del partido; y para satisfacción de nuestros amigos, debemos decirles que en ello traba- ja sin descanso la junta central, la cual es de esperar que dará cima á la obra de or- ganización en pocos días.

En vista de lo que acaba de hacer el par- tido tradicionalista sin preparación previa y solo en un momento de entusiasmo, pue- de calcularse lo que hará el día en que, con motivo de unas elecciones generales ú otro análogo, emprenda á un tiempo y ordenada- mente la campaña legal con la revolución. Nuestro triunfo es seguro, y solo á tiros po- drán disputárnoslo los libres, como ahora lo han hecho en algunos pueblos de la pro- vincia de Logroño.

Leemos en *El Tradicional* de Valencia:

«Conste que en varios colegios han votado electores no incluidos en la lista. Conste que los carlistas que presentaron protestas fueron insul- tados y alguno recibió golpes. Conte, en fin, que varios presidentes se han negado á admitir las protestas.»

Y ¡viva la verdad del sufragio!

«Se atreverán todavía los diarios mini- steriales á anatematizar á los ministerios de Narvaz y Gonzalez Brabo?»

Del mismo periódico tomamos la signien- te pregunta:

«¿Sabe *Los Dos Reinos* que el alcalde de uno de los pueblos de esta circunscripción ha im- puesto cinco duros de multa al carlista que vote? Averigüelo el colega.»

Con el epígrafe de *Candidatura carlista de Madrid* publica *La Esperanza* un ar- tículo denunciando algunos, no todos, los abusos que se han cometido en la elección de diputado en esta capital, y dejando en- trever lo que el partido tradicionalista po- drá esperar en Madrid el día en que, sufi- cientemente preparado, se lance á luchar con sus contrarios solos, no con los enredos, amaños y concesiones de que los libres sue- len valerse siempre en tales casos.

Hemos dicho que *La Esperanza* no de- nunciaba todos los abusos, y de ello tene- mos así certeza. Si como nos consta por confesión de nuestros adversarios, podria- mos justificarlo, denunciaríamos el hecho. Baste decir que ninguna de las cien mesas de Madrid han intervenido los carlistas, condición sin la cual no es posible la lucha electoral.

Véase ahora el artículo de *La Esperanza*:

«Han terminado las elecciones en Madrid, y hemos obtenido, con corta diferencia, el resul- tado que esperábamos. Sin organización previa, luchando por vez primera en la capital, donde apenas conocemos á la cuarta parte de nuestros amigos, muchos de los cuales no han logrado vencer, á pesar de su espíritu de disciplina, la repugnancia que les produce la coacción y el amaño, principales armas de toda elección libe- ral; habiéndose retirado más de las tres cuartas partes del Clero de Madrid por razones que comprendemos; habiéndose privado de las cédulas á los 1.000 ó 1.500 militares de reemplazo con cuyos votos contábamos, sin tener representación en las mesas, nuestro candidato ha obtenido, según el recuento progresista y republicano, 4.928 votos.»

El que conozca Madrid, sepa lo que son elec- ciones, y ignore que hace quince días nada es- taba más lejos de nuestro ánimo que tomar parte en la lucha, y comprenda la situación de la comunión carlista en la capital donde los pro- gresistas y republicanos, á más de estar arma- dos, tienen una organización perfecta, se asom- brarán al ver el número de votos obtenidos por D. Vicente de la Hoz.

Nos consta que á muchos de los que iban á votar en favor del candidato carlista se les ha arrancado violentamente las papeletas de las ma- nos, dándoles en cambio papeletas del candidato republicano ó del candidato progresista. Se nos ha asegurado que á los aguadores de una fuente de Madrid, de quienes se sabía que pensaban conceder sus sufragios á D. Vicente de la Hoz, se les ha amenazado con formarlos no sabemos qué causa, ó imponerles no sabemos qué multa, á pretexto de la conducta observada por ellos con ocasión de un incendio, si no votaban por el señor marqués de Perales; aunque ignoramos si los que tales amenazas hicieron estaban para ello autorizados. Además nos consta que muchos de nuestros amigos á quienes ha cogido despre- venidos la órden de luchar, no figuraban en el último empadronamiento, y que, á pesar de los pasos dados para reclamar la cédula electoral, no han podido obtenerla de los alcaldes de barrio á quienes acudieron.

Nos consta asimismo que se han perdido no pocos votos por haberse echado en las urnas las papeletas de color que se imprimieron el primer día con el nombre de nuestro candidato. Lo que no nos consta es la exactitud observada en los escrutinios de las cien mesas de Madrid, ó opa- das exclusivamente, como hemos dicho arriba, por nuestros más encarnizados enemigos po- líticos.

Por lo demás, los amigos que han trabajado en favor de nuestro candidato, á pesar de su es- poca experiencia en materia de elecciones, de los pocos medios de que disponían y de la ignoran- cia en que estaban respecto al personal, mere- cen nuestros más cumplidos plácemes, siquiera sea por el celo que han desplegado. Suplicamos á los periódicos carlistas que en Madrid se pu- blican, que copien, ya que no el suelto entero, el presente párrafo, expresión de nuestra pro- funda gratitud hacia los que con una esponta- neidad y una abnegación dignas de elogios, han abandonado sus respectivas ocupaciones para sacar con honra de las urnas la bandera carlista desplegada por vez primera en las elecciones de Madrid.»

Segun los resultados de las elecciones que publican *La Iberia* y *El Imparcial*, pueden

considerarse diputados: por Avila, el señor Silveira, M.; por Badajoz, el Sr. Pico Do- minguéz, R.; por Cáceres, el Sr. Grande, M.; por Plasencia, el Sr. Calleja, M.; por Ouedo, el Sr. Perez de la Sala, M.; por Murcia, el Sr. Torres, M.; por Lorca, el se- ñor Herreros de Tejada, M.; por Jaén, se- ñor Chinchilla, M.; por Leon, el Sr. Llama- seras, M.; por Lugo, el Sr. Beranger, M.; por Valencia, el Sr. Cerve a, R.; por Jati- va, el Sr. Genis, M.; por Liria, el Sr. Ri- vero, M.; por Vich, el Sr. Bosch, M.; por Ciudad-Real, el Sr. Merelo, M.; por Cádiz, el Sr. Barca, M.; por Jerez, el Sr. Berte- mati, R.; por Huesca, el Sr. Coll Moncasi, M.; por Huelva, el Sr. Milans del Bosch, M.; por Logroño, los Sres. Olózaga y Bar- ronchea, M.; por Ginzio de Lima, el s- ñor Olivares, M.; por Añel, el Sr. San Mi- guel, M.; por Santander, el Sr. Ulzurrun, M.; y por Bilbao, el Sr. Vildósola, C.

CORREO DE HOY.

Al *Univers* envían de Roma el signien- te despacho telegráfico, fechado el sába- do 22:

«Mañana domingo se presentará el *Postula- tum* para la definición de la infalibilidad. Tiene más de 400 firmas, además de los muchos Obispos que no han firmado, cuya opinión se sabe que es conforme. El opúsculo de M. Gratry está juz- gado.»

Es de advertir que además del *Postula- tum*, cuyo texto hemos publicado, los Obis- pos italianos y españoles, por su parte, han presentado con el mismo objeto otros *postulata*.

Resulta, pues, según noticias fidedignas, que hay tres fórmulas pidiendo la definición de la infalibilidad. 1.ª La que ya conocen nuestros lectores, que es la que tiene más firmas, pues pasan de 400. 2.ª La de los Prelados napolitanos, que en número de 60, se reúnen en casa del Cardenal Riarío Sfor- za. Estos Obispos han adoptado un lengua- je más explícito, que se apoya de un lado en los textos dogmáticos de Santo Tomás, y de otro en los text s dogmático-morales de San Alfonso de Ligorio. 3.ª La de los Obispos españoles y sud-americanos, que es todavía más explícita y terminante.

Dicen de Roma:

«El R. S. Hefelé, Obispo de Rottemburgo (Alemania) acaba de llegar, y tomará mañana asiento en el Concilio.»

—S. A. R. la duquesa de Parma, hermana de Francisco II, ha dado á luz una niña. El Papa será padrino de bautizo.»

Leemos en una carta de Roma:

«El Concilio ha dado licencia para ausentarse á tres Obispos.»

El R. S. Clut, Vicario apostólico de las más frías regiones de la América del Norte, ha parti- do ahora, porque si no, no hubier podido vol- ver á su diócesis hasta el año próximo.

El Gobierno del Canadá ha rogado encareci- damente al R. S. Taché, Obispo de San Boni- facio, que vuelva á su país, á causa de las tur- bulencias políticas que le agitan. Despues de haber menpreciado los sabios consejos que dió este Prelado con motivo de los territorios cedi- dos al Canadá por la bahía de Hudson, hoy se reconoce la necesidad de su influencia para res- tablecer la paz.

El reverendo señor Lavigerie, Arzobispo de Argel, ha tenido que pedir licencia, por las ne- cesidades de su diócesis. La libertad de enseñan- za y la existencia misma de las comunidades dedicadas á la enseñanza está amenazada.»

Dice un telegrama de Roma del 22.

«En la Congregación celebrada esta mañana han hablado cinco Padres.»

En la precedente se distribuyeron á los Padres del Concilio dos *Monitas* relativos al secreto y á la brevedad de los discursos.»

Leemos en el *Telegrafo* de París:

«Las últimas noticias del Creuzot son favo- rables á la tranquilidad; los obreros que estaban más decididos á continuar en la huelga, parecen ya decididos á volver al trabajo.»

—En los círculos diplomáticos se acredita el rumor de haberse concluido una alianza secreta ofensiva y defensiva entre Turquía y Austria.

—Las noticias de Irlanda que recibimos en este momento, distan mucho de ser todo lo tranquilizadoras que sería de desear. En Dublin se han hecho algunas prisiones; pero á pesar de todas las medidas preventivas, es posible que el órden se turbe.»

Dice el mismo periódico:

«A principios de la próxima semana habrá un Consejo de ministros para discutir una cuestión de suma trascendencia, tal es la de asociar franca y decididamente al príncipe imperial á la marcha política del país, haciéndole tomar paulati- na pero prácticamente una parte activa en los actos gubernamentales. El príncipe Napoleon y M. Ollivier abundan en esta idea, que la con- cepción como un dique seguro para impedir que prevalezcan en adelante las influencias de cier- tos partidarios acérrimos del régimen personal.»

Y sigue el mismo periódico:

«Los valores españoles han sufrido hoy un nuevo descenso, efecto sin duda de las noticias financieras.»

El Sr. Figuerola se luce.

Escriben de París:

«Los orleanistas no ocultan ya su esperanza de que sea bien pronto un hecho consumado el re- greso á Francia de los príncipes de Orleans á quienes les serán devueltos sus bienes.»

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-40 y 35; pequeños, 24-00, 23-50, 24-25, 23-55 y 70, á plazo; 23-35 fin cor. fir.; 23-60 fin próx. fir.; 24-00 fin próx. vol., prima de 50 cént.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, no publicado, 90-25 d.

Idem id. de la 2.ª serie, publicado, 90-25 y 15.

Bonos del Tesoro, ds á 2.000 rs., publicado, 62-15, 30, 25, 35 y 30; á plazo, 62-25 fin cor. vol.

Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4.000 rea- les, no publicado, 68-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles de 4.000 rs., publicado, 43-35.

Idem id. de 20.000 rs., 42-00.

Acciones del Banco de España, no publicado, 128-00 d.

La Correspondencia publica el siguiente resultado de los votos obtenidos, según los partes recibidos en el ministerio de la Gobernación, hasta la hora de cerrar su número:

Avila, un diputado.—Sr. Silveira, M., 8,528.—Sr. Gutiérrez (D. Alejandro), M., 4,013.—Sr. Baylón, A., 2,164.

Caceres, un diputado.—Sr. Grande, M., 16,007.—Sr. Corcuera, M., 5,716.—Sr. Trelles, A., 699.

Plasencia, un diputado.—Sr. Marcos Calleja, M., 6,882.—Sr. García Martínez, R., 4,003.—Sr. Gómez (D. Martín), A., 1,866.—Sr. Vacas, M., 1,966.

Vich, dos diputados.—Sr. Bosch, M., 2,608.—Sr. Pastor, M., 2,263.—Sr. Puig, R., 4,981.—Sr. Pascual, R., 4,189.—Sr. Llander, A., 1,343.—Sr. Romani, A., 1,165.

Ciudad Real, un diputado.—Sr. Merelo, M., 15,399.—Sr. Salido, A., 10,128.—Sr. Guisasaola, R., 5,859.—Sr. Peñuelas, M., 436.

Jaen, un diputado.—Sr. Chinchilla (D. Bernardino), R., 8,643.

Leon, un diputado.—Sr. Llamazares, M., 8,193.—Sr. Balbuena (D. José), A., 4,595.—Sr. Balbuena (D. Toribio), M., 1,413.—Sr. La Foz, 816.

Lugo, un diputado.—Sr. Beranger, M., 10,468.—Sr. Somoza (D. Manuel), M., 9,707.

Murcia, un diputado.—Sr. Torres, M., 17,937.—Sr. Lapizburu, R., 10,142.

Lorca, un diputado.—Sr. Herreros de Tejada (D. Feliciano), M., 13,665.—Sr. Orensé (D. Antonio), R., 1,885.

Ginzo de Limia, un diputado.—Sr. Olivares, monárquico, 22,258.—Sr. Ignésón Miramon, M., 11,118.

Oviedo, un diputado.—Sr. duque de Montpensier, M., 11,223.—Sr. Pérez La Sala, M., 12,359.—Sr. Alegre, R., 4,979.

Avilés, un diputado.—Sr. duque de Montpensier, M., 9,444.—Sr. San Miguel (D. Julian), M., 10,217.—Sr. Riego (D. Antonio), R., 197.

Valencia, un diputado.—Sr. Cervera, R., 12,434.—Sr. Royo y Salvador, A., 8,792.—Sr. Reig, M., 6,268.

Játiva, un diputado.—Sr. Pascual Genis, M., 8,987.—Sr. Cabrera (D. Ramón), A., 8,352.—Sr. Riego (D. Antonio), R., 7,956.—Sr. Camacho, M., 7,493.

Liria, un diputado.—Sr. Rivero (D. Francisco), M., 6,214.—Sr. Salom, R., 4,841.—Sr. conde de Orgaz, A., 3,726.

Logroño, dos diputados.—Sr. Olózaaga (D. Salustiano), M., 8,949.—Sr. Barrenechea, M., 8,830.—Sr. Tejada, A., 6,914.—Sr. Tosantos, M., 6,901.—Sr. Alfaro, R., 3,201.—Sr. Ruiz, R., 3,041.

Badajoz, dos diputados.—Sr. Pío Domínguez, R., 12,921.—Sr. Alcantá, R., 12,821.—Sr. Gómez Marín, M., 8,494.—Sr. Pinillos, M., 7,111.—Sr. Fabié, M., 7,920.—Sr. Espino, M., 5,993.—Sr. Rivera y Palma, A., 2,902.

Santander, un diputado.—Sr. Ulzurrun, M., 8,379.—Sr. Sañudo (D. Prudencio), R., 7,445.—Sr. González Riaño, A., 1,922.—Cossio, 88.

Bilbao, un diputado.—Sr. Vildósola, A., 8,066.—Sr. Zaballurru, M., 2,890.

Huelva, un diputado.—Sr. Milans del Bosch, M., 11,705.—Pinzon, M., 2,904.—Romero García, 4,833.—Lazera, 410.

Huesca, un diputado.—Sr. Coll Moncasi, M., 8,517.—Sr. Sabau, R., 7,284.—Sr. Llabador, M., 3,204.—Sr. Balonga Cabrera, A., 3,128.

Cádiz, un diputado.—Sr. Barca, M., 21,432.—Sr. Salvachua, R., 9,388.—Sr. Ibáñez, A., 87.

Jerez, un diputado.—Sr. Bertermati, R., 16,941.—Sr. López Ruiz, M., 15,921.

«Estos resultados, añade, no son todavía los definitivos en algunas circunscripciones, porque no se han recibido aun los datos parciales de muchos colegios.

Los resultados que aparecen en las circunscripciones de Oviedo y Avilés, son los remitidos por el gobernador de la provincia, y no comprenden los datos del tercer día de los pueblos de la provincia, que son muchos»

Noticias tomadas de los periódicos de anoche: «Los estudiantes han querido realizar hoy una nueva manifestación; pero reunidos en San Carlos les habló el decano Sr. Mata, que les disuadió de su propósito, y convinieron en nombrar

una comisión para que fuera a exponer sus deseos al señor ministro de Fomento, disolviéndose enseguida con gran orden.

«Mañana se reunirá en la capitania general de este distrito el consejo de generales para juzgar a un oficial de caballería de Villaviciosa.

«Ha sido relevado en el cargo de segundo cabo de la capitania general de Valencia el mariscal de campo D. Martín Rosales, quien ha sido declarado en situación de cuartel con residencia en Madrid.

«El brigadier de cuartel en esta capital, don Federico Salcedo y San Roman, ha sido nombrado gobernador de la plaza y castillo de Figueras.

«Esta tarde se han reunido los alcaldes de esta capital con el Sr. Galdó, y entre otros asuntos se han ocupado de dar impulso a la primera enseñanza y de la designación de los distritos para los Sres. Jaquette y Villabril, elegidos recientemente alcaldes.

«Mañana probablemente volverán a reunirse los estudiantes para saber el resultado de la conferencia de sus comisionados con el ministro de Fomento.»

Leemos en La Correspondencia:

«Hoy se han recibido cartas de Valencia y otros puntos de aquella provincia, en que se habla de un modo alarmante del aspecto imponente que ha presentado la lucha electoral en aquella circunscripción, por parte de los carlistas y republicanos. En alguna carta se habla de la lucha armada de que han resultado desgracias en Torrente, Carcagente, Russa y la capital»

«Por qué no es más explícito el diario noticiero, y no dice quiénes fueron los promotores y los culpables en dichos atentados?»

Parece, según dice un periódico, que algunos comités electorales de barrio, han formulado quejas al central por las faltas que han advertido en la dirección de las elecciones de Madrid.

«Y luego vendrán encomiando los diarios ministeriales la verdad y legalidad de estas elecciones!»

Los diputados que votaron anoche a favor de la proposición del Sr. Castelar, son los siguientes:

«Sanchez Ruano.—García Ruiz (D. Eugenio).—Damato.—Tutau.—Soler.—Madoz.—Sanchez Yago.—Salvany.—Rubio (D. Federico).—Salmon.—Rebullida.—Gaston.—García Ruiz (don Gregorio).—Gimeno.—Moya.—Santa Marta.—Salas.—Delgado.—Pastor.—Masa.—Anglada.—Bárcia.—D. M. Rodríguez.—Pi y Margall.—Maquer.—Fontanals.—Chao.—Robert.—Sorní.—Santa María.—Carrasco.—Paul y Picardo.—Pereira.—García López.—Castelar.—Figueras.—Benot.—Díaz Quintero.—Abarzuza.

Total, 38; de los cuales 12 son radicales.»

Según dice La Correspondencia, la elección que ayer suspendió el alcalde de Gijón, con el pretexto de haberse formado algunos grupos, fue abierta de nuevo a los pocos momentos por orden telegráfico del gobernador de la provincia.

Escriten de Brihuega a La Esperanza que el domingo último se desahogaron los libros en el casino de dicho pueblo dando lugar a Pío IX, mueras que en el mismo día se repitieron en Badajoz. Parece que en Brihuega fue acompañado tan impropio grito de corridas en el Casino, dando voces al mismo tiempo de mueras los carlistas; todo amanzado con su correspondiente música en las calles y en el Casino, siendo de notar, que el himno de Garibaldi fuese cantado por personas que se tienen por ilustradas en Brihuega. ¿Cómo marabillarse de que las personas pacíficas y honradas abandonen muchos pueblos y prefieran vivir en Marruecos a las ventajas de una civilización de que se avergonzarían los mismos sarracenos?

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Dice un diario valenciano que durante todo el día del jueves estuvieron las tropas encerradas en los cuarteles en dicha ciudad.

De una carta de Valencia que publica El Imparcial, tomamos el siguiente párrafo: «Los propietarios no pueden salir al campo sin grave riesgo. Los homicidios espantan por su frecuente repetición, y los hombres de bien se asustan, se esconden en su casa, y no encontrando apoyo en la autoridad dejan el camino expedito a los malvados.»

Esta es ya la situación de gran número de pueblos de España.

Según vemos en un periódico median activas comunicaciones entre los ministerios de Gobernación y Hacienda, para modificar en un sentido favorable a la prensa periódica, el derecho de timbre. Parece que bajo una nueva forma que se dará a este impuesto, se rebajará el timbre a una mitad próximamente.

Parece que se interpondrá en una de las próximas sesiones de las Cortes sobre las medidas que la autoridad gubernativa de la provincia de Madrid, ha adoptado con motivo de las elecciones republicanas fijadas a las puertas de los colegios electorales.

Dice El Imparcial que el alcalde popular, señor Galdó, ha celebrado ayer una reunión con varios capitalistas.

El Excmo. Sr. Obispo de la diócesis de Vitoria ha dirigido con fecha 17 del corriente una exposición a las Cortes Constituyentes, adhiriéndose en un todo a la elevada a las mismas por los Obispos españoles residentes en Roma en solicitud de que sea desechado el proyecto de ley del llamado matrimonio civil.

La diputación provincial ha admitido la dimisión que del cargo de vicepresidente de la misma ha presentado el Sr. D. Quintia Chiarloue, eligiendo para reemplazarle al Sr. don Cristino Martos. ¿Cómo explicarán este hecho los diarios democráticos?

También los cursantes de la Universidad de Barcelona han celebrado una manifestación contra el reglamento interior de la Universidad central. No ocurrió en ella incidente alguno que merezca referirse.

Frutos de la libertad de enseñanza.

SESION DE LA NOCHE.

Continuando la sesión a las diez y cinco minutos, y entrándose en la discusión del presupuesto de gastos del Estado, dijo:

El señor ministro de HACIENDA: Debo manifestar ante todo, que al contestar ayer al señor Tutau que la mitad del crédito a que se refería S. S. en la cuestión de la calderilla catalana era el complemento de la otra mitad que debía figurar en el semestre anterior, hubo una equivocación; porque después he visto que por el sistema del Sr. Ardanaz de cortar el presupuesto en 31 de Diciembre, nada se ha dicho sobre este punto.

Ruego, pues, al Sr. Herrero tenga esto muy en cuenta; y a las Cortes, que en vista de estas consideraciones, acuerden que se suspendan interin los tribunales resuelvan sobre la reclamación que se puede hacer.

El Sr. HERRERO (D. Sabino): No me opongo a que se reserve a los interesados el derecho que puedan tener; pero no puedo menos de recordar que todo esto pertenece a un tiempo en que el rey era absoluto y tenía por suya la Hacienda y todo.

Los señores ministros de Hacienda y Herrero rectificaron.

Quedaron retirados el capítulo y el voto particular, y acto continuo aprobados sin debates los capítulos 2.º y 3.º.

Leida la sección quinta, referente a las clases pasivas, y abierta discusión sobre la totalidad del, dijo:

El Sr. DIAZ QUINTERO: Habiendo un voto particular del Sr. García (D. Diego), que afecta a la totalidad, creo que debe discutirse antes que la sección a que se refiere.

El señor PRESIDENTE: La Cámara ha acordado que se discuta por secciones y capítulos.

El Sr. TUTAU: Siento no tener competencia para entrar en el fondo de este asunto: voy a limitarme a algunas generalidades.

Yo no admito diferencia entre el servidor del Estado y empleado particular, ni la admite tampoco la escuela economista; y que el Estado atienda a la subsistencia del que le ha prestado servicios cuando ya no se los presta, es proteger la imprevisión y el desfalco.

Los individuos de clases pasivas que hayan descontentado para Montepíos sean indemnizados de lo que hayan dado; pero que no continúen cobrando pensiones del Estado.

El Sr. DE PEDRO: La revolución se ha hecho para barrer todos los abusos, y lo es el ver pasearse por esas calles a jubilados con 40,000 rea-

les que gozan mejor salud que yo. Así, pues, la regla que debe guiarnos es la conveniencia pública sobre la base de la moralidad, de cuyo principio se aparta el continuar sosteniendo el presupuesto de gastos escandaloso como el que hoy tenemos.

El señor marqués de SARDOAL: S. S. ha confundido los derechos concretos y terminantes, adquiridos por medio de una ley, con la obligación que todos los códigos políticos imponen a los ciudadanos de contribuir a las cargas del Estado según sus fuerzas; los haberes de las clases pasivas no son materia imponible como las fincas.

El Sr. DE PEDRO: El señor marqués de Sardal me ha atribuido conceptos equivocados. El señor marqués de SARDOAL: La revolución no es la fuerza; esta es la sanción del derecho.

El Sr. DE PEDRO: No necesito que el señor marqués de Sardal me dé lecciones de derecho. El Sr. GOMIS: Señores, conviene que las carreras militares y eclesiásticas se pongan en relación con las demás, pues hoy las llevan tanta ventaja que a los jóvenes se dedican a ellas.

El señor ministro de HACIENDA: El Gobierno abunda del todo en las últimas observaciones del Sr. Gomis. Es necesario extirpar este mal; pero se trata de derechos adquiridos, y es preciso ver esta cuestión con frialdad.

Si se compara el número de frailes y monjas que antes había con los que hoy existen, así como los empleados del rey que había en el siglo pasado con los que hoy se encuentran, se verá que para una población doble hay muchísimos menos.

Hay que pensar en la reforma del Montepío: como el ministro de la Guerra traxó un proyecto de retiros militares, en uno y otro extirpamos los abusos, pero respetando los derechos que deben respetarse.

El Sr. TUTAU: Voy a rectificar un error que ha supuesto en mí el señor ministro de Hacienda. Es verdad que son 54,000 y no 52,000 los que cobran por clases pasivas; pero yo había rebajado las dos mil que cobran por clases remuneratorias, y que son respetables.

El señor SECRETARIO (Carratalá): Habiendo hablado ya tres señores en pró y tres en contra, se procede a discutir por capítulos. Al 1.º hay un voto particular del Sr. García (D. Diego), que dice así: (Lo leyó)

Se suspendió este debate, levantándose la sesión a las doce.

La Gaceta de hoy publica el proyecto de ley del ministro de Hacienda disponiendo que al tiempo de formar los repartimientos de la contribución de inmuebles, cultivo y ganadería, y las matriculas de la industria para el año económico de 1870-71, se rebaje a los pueblos, y por consiguiente a los contribuyentes respectivos, la parte de cuota que hayan satisfecho de más en el presente ejercicio en concepto de cupo para el Tesoro y de resguardo para servicios provinciales y municipales.

PARTE OFICIAL.

PARTE EXTRANJERA.

DESAPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARÍS, 21.—En la sesión del Cuerpo legislativo de esta tarde, el diputado Julio Simon ha presentado una proposición de proyecto de ley pidiendo la abolición de la pena de muerte para todos los crímenes.

El Gobierno ha presentado el proyecto de ley, aprobado ya por el Consejo de Estado, estableciendo el jurado para todos los delitos y crímenes cometidos por medio de la prensa.

CREZTOR, 24.—La mayor parte de los obreros han vuelto a sus trabajos, pero hoy se han presentado de nuevo algunos agitadores que, por amenazas, han querido impedir la entrada en los talleres.

Algunos lanceros y dos soldados de infantería han sido presos por haber abandonado las municiones y tirado los cartuchos, diciendo que si se les mandaba hacer fuego sobre los trabajadores, se negarían en obedecer.

NOTICIAS GENERALES.

«El Figaro» de París cuenta el siguiente chistoso incidente ocurrido en un club socialista de París:

«Una voz en la sala.—Pido la palabra para una proposición urgente. Digo, me parece a mí que

los señores que están en las galerías, podrían escupir en otra parte, y no sobre nosotros.

Una voz en la sala.—Estamos tan apretados aquí todos, que no podemos escupir más que a la sala.

Un ciudadano.—Una persona decente debe escupir en el pañuelo. (Grandes gritos, risas y tumultos.)

Una voz en la sala.—¡El tiempo de los pañuelos ha pasado! ¡Bravo! Un hombre libre no tiene pañuelo jamás. (Aplausos.) El pañuelo es una invención del capital, y propongo que los aristócratas que tengan pañuelo sean expulsados de esta reunión de hombres libres. (Grandes aplausos.)

Un ciudadano de la galería.—Pues no queremos salir de aquí aunque tenemos pañuelos, y seguiremos escupiendo abajo.

Un ciudadano de abajo.—Pues bien; que los hombres libres de abajo abran los paraguas para librarse de las esportaciones de los aristócratas de la galería.

(Abre su paraguas y muchos le imitan. Grandes aplausos.)

Un ciudadano de la galería.—El paraguas es el emblema del fanatismo. Un libre pensador con paraguas, está deshonrado. ¡Muy bien! Los paraguas ondulan y se agitan en la sala de una manera amenazadora.)

El paraguas es el producto incestuoso del doctrinarismo y de la intolerancia en materias religiosas, y propongo que se tome nota de los ciudadanos que hay con paraguas en esta reunión, y se les guillotine en su día. (Aplausos. Silbidos y tumulto espantoso. La policía interviene y disuelve la reunión.)

Por la dirección de la Caja general de depósitos se anuncia que el 26 del actual satisfará, desde las diez de la mañana a las dos de la tarde, los intereses por depósitos en metálico y efectos públicos depositados en la misma, cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 1 al 80 inclusive respecto a los primeros, y del 395 al 405 a los segundos también inclusive.

El día 26 del corriente satisfará la Tesorería central de la Hacienda las carpetas números 6 y 7 de los bonos del Tesoro amortizados en el sorteo de 30 de Diciembre último.

El mismo día satisfará la misma Tesorería el cupon de los bonos del Tesoro vencido en 31 de Diciembre último, cuyas carpetas de señalamientos llevan los números 470 a 493.

En el mes de Diciembre último han satisfecho los principales periódicos de Madrid las cantidades siguientes por derechos de timbre para la Península:

	Esc. Mil.
La Correspondencia de España	2.600
El Imparcial	687.800
EL PENSAMIENTO ESPAÑOL	717.500
La Igualdad	844
La Regeneración	509.500
El Pueblo	400
La Iberia	431.500
La Esperanza	512
La Epoca	380
La Discusión	272
El Popular	261.600
El Legitimista Español	273.300
Las Novedades	230.400
El Papelito	183.600
El Universal	195.044
El Cascajel	284
El Diario Español	184
El Puente de Alcolea	100
La Nación	66.750
La Fidelity	268
La Independencia Española	130
El Centinela del Pueblo	24
El Fraile	23.400
El Impertinente	17.650

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. La Conversión de San Pablo y Santa Rita.

SANTOS DE MAÑANA. San Policarpo, Obispo y mártir, y Santa Paula, vídua.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de Monjas de la Concepción Gerónima, donde por la mañana habrá misa cantada y por la tarde vísperas de Santa Paula y la reserva.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARÍA. Nuestra Señora del Buen Parto en San Luis ó en San Sebastián.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, a cargo de R. Labajos y Arenas.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, PERIODICO EXCLUSIVO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Los modas más recientes representadas por los figurines iluminados mejores que se conocen, las explicaciones más detalladas que se pueden desear, la moralización lectura de sus novelas y artículos hacen que esta publicación no tenga rival ni aun en el extranjero.

CADA AÑO REPORTE

2,000 a 2,500 dibujos de bordados, labores y adornos de cuantas clases inventa el buen gusto.—24 grandes patrones para cortos de vestido, tamaño natural.—Varias tapicerías en colores, punto